

Aguas Primaverales

Por

Ernest Hemingway

***Free*editorial** 

RISA ROJA Y NEGRA

La única fuente del verdadero ridículo es (a mi entender) la afectación.

HENRY FIELDING.

1

En una importante fábrica de bombas de Michigan, Yogi Johnson, de pie, junto a la ventana, miraba al exterior. La primavera ya estaba cerca. ¿Sería posible que las palabras de aquel individuo que escribía, Hutchinson: «Cuando llega el invierno, la primavera no anda lejos», se realizaran de nuevo este año? Yogi Johnson se lo preguntaba. Cercano a Yogi, dos ventanas más allá, se encontraba Scripps O'Neil, un individuo largo y delgado, con un rostro largo y delgado. Los dos observaban el patio vacío de la fábrica. La nieve cubría las hileras de bombas embaladas en sus cajas dispuestas para ser enviadas. Al llegar la primavera, cuando la nieve comenzara a fundirse, los obreros de la fábrica, con sus picos, dejarían libres las cajas de su prisión de hielo, las trasladarían hasta la estación donde serían cargadas en vagones para ser expedidas. Yogi Johnson contemplaba las bombas cubiertas por la nieve mientras su aliento dibujaba trazos fantásticos en el frío cristal. Yogi Johnson pensaba en París. Quizá fueran aquellos dibujos maravillosos lo que le recordaba la alegre ciudad, en la que, tiempo atrás, había pasado dos semanas. Dos semanas que iban a convertirse en las más felices de su vida. Pero todo aquello formaba ya parte del pasado. Aquello y todo lo demás.

Scripps O'Neil tenía dos mujeres. Erguido, largo y delgado, junto a la ventana, con su frágil dureza como única vitalidad, pensaba en ellas. Una de ellas vivía en Mancelona y la otra en Petoskey. No había visto a la mujer de Mancelona desde la primavera pasada. Recorrió con la mirada el patio lleno de nieve y se preguntó lo que la primavera podía reservarle. Con su mujer de Mancelona, Scripps solía emborracharse a menudo. Cuando estaba ebrio, él y su mujer se sentían felices. Bajaban juntos hasta la estación y se paseaban a lo largo de los raíles, luego se sentaban para beber mientras miraban pasar los trenes. Se sentaban bajo un pino en lo alto de una pequeña colina que dominaba la vía del tren y bebían. A veces bebían durante toda la noche. Y, a veces, solían beber durante toda una semana sin interrupción. Aquello les sentaba bien. Daba fuerzas a Scripps.

Scripps tenía una hija a la que llamaba Lousy O'Neil. Su verdadero nombre era el de Lucy O'Neil. Una noche, después de haber estado bebiendo juntos durante tres o cuatro días junto a la vía del tren, Scripps perdió a su

mujer. Ignoraba dónde podía hallarse. Cuando recobró todos los sentidos era ya de noche y ella había desaparecido. Comenzó a andar, junto a la vía, en dirección a la ciudad. Encontraba que los travesaños eran rígidos y duros bajo sus pies. Intentó caminar sobre los raíles. Era imposible. Y lo comprendió perfectamente. Se puso a andar de nuevo sobre los travesaños. El camino era largo hasta la ciudad. Finalmente llegó a un lugar desde el cual podían verse las luces de la caseta del guardagujas.

Se alejó de la vía del tren y pasó por delante del colegio de Mancelona. Era un edificio de ladrillos amarillos. No tenía nada de rococó como los que había visto en París. No, jamás había estado en París. No era él. Era su amigo Yogi Johnson.

Yogi Johnson miraba por la ventana. Pronto sería hora de cerrar la fábrica de bombas durante la noche. Entreabrió prudentemente la ventana, solo un poco. Solo un poco, pero bastaba. Fuera, en el patio, la nieve comenzaba a fundirse. Un viento suave empezaba a soplar. Era el chinook, tal como le llamaban los obreros de la fábrica. El cálido aliento del chinook penetró por la ventana y se extendió por la fábrica. Todos los obreros abandonaron sus herramientas. La mayoría de ellos eran indios.

El capataz era un hombre pequeño con una mandíbula de hierro. Un día se aventuró a ir hasta Duluth. Duluth estaba lejos, al otro lado de las aguas azules del lago, en las colinas de Minnesota. Y allí le había ocurrido una cosa maravillosa.

El capataz se metió un dedo en la boca para humedecerlo, luego lo levantó. Sintió la cálida brisa sobre su dedo. Meneó la cabeza con aspecto lúgubre y sonrió a los obreros con una sonrisa algo sardónica.

—Sin duda alguna, muchachos, es un verdadero chinook —comentó.

En silencio, la mayoría, los obreros guardaron sus herramientas. Las bombas por terminar fueron colocadas en sus estanterías. Los obreros se dirigieron en fila hacia los lavabos para lavarse; los unos iban hablando, los otros en silencio y algunos refunfuñando.

Por la ventana pudo oírse el grito de guerra de los indios.

2

Scripps O'Neil se hallaba inmóvil frente a la escuela de Mancelona, con la mirada fija en las ventanas iluminadas. Era de noche y caía la nieve. Caía desde hacía mucho tiempo, según creía recordar. Un transeúnte se paró para

mirar a Scripps. Pero, después de todo, ¿qué le importaba aquel hombre? Siguió su camino.

Scripps estaba de pie, en medio de la nieve, mirando fijamente las ventanas iluminadas de la escuela. Allí dentro había gente que estaba aprendiendo cosas. Avanzada la noche, trabajaban, los chicos y las chicas rivalizaban en actividad, ávidos de conocimientos los unos y los otros, compartiendo aquella sed de aprender que dominaba a toda América. Su hija, la pequeña Lousy, muchacha que no le había costado menos de setenta y cinco dólares en médicos, se encontraba allí dentro estudiando. Scripps se sentía orgulloso. Ya era demasiado tarde para que él se instruyera, pero allí dentro, día tras día y noche tras noche, Lousy aprendía. Aquella muchacha lo llevaba en la sangre.

Scripps enfiló el camino de su casa. No se trataba de una gran casa, pero no eran precisamente los problemas de dimensiones lo que preocupaba a la mujer de Scripps.

—Scripps —le decía a menudo cuando bebían juntos—, no necesito un palacio. Todo cuanto quiero es un rincón en el que el viento no pueda entrar.

Scripps lo realizó al pie de la letra. Y aquella noche, al descubrir las luces de su casa entre la nevada oscuridad, se sintió contento de haberle tomado la palabra. Él, Scripps, no era el tipo de individuo con deseos de poseer un palacio.

Abrió la puerta de la casa y entró. Algo le bailaba en la cabeza. Intentó deshacerse de ello sin conseguirlo. ¿Qué era aquello que había escrito ese poeta que su amigo Harry Parker había encontrado un día en Detroit? Harry lo recitaba: «Por más que se deambule de palacio en placer y de placer en palacio, cuando... alguna cosa..., alguna cosa..., en ningún sitio se está mejor que en la propia casa».

Ya no recordaba las palabras. No todas. Había compuesto una musiquilla sencilla y había enseñado a Lucy a cantar su canción. Era en los primeros tiempos de casados. Scripps habría podido ser compositor, o sea que habría podido ser uno de esos individuos que escriben aquellas cosas que interpreta la orquesta sinfónica de Chicago, si hubiera tenido la posibilidad de continuar sus estudios. Le pediría a Lucy que le cantara esta noche su canción. Nunca jamás volvería a beber una gota de alcohol. La bebida anulaba su sentido para la música. A veces, cuando estaba borracho, el silbido de los trenes al comienzo de la subida de Boyne Falls le parecía más hermoso que cuanto había escrito el tal Stravinski. La bebida había conseguido aquello. Era nocivo. Se iría a París. Como aquel Albert Spalding que tocaba el violín.

Scripps abrió la puerta. Entró.

—Lucy —llamó—, soy yo, Scripps.

No volvería a beber. No más noches pasadas sobre la vía del tren. Lucy necesitaba, quizás, un nuevo abrigo de pieles. Quizás, a pesar de todo, deseaba un palacio en lugar de aquella barraca. Nunca se sabe si una mujer queda satisfecha. Quizás, a pesar de todo, aquella casa no les protegía del viento. Fantástico. Encendió una cerilla.

—¡Lucy! —gritó, y en su voz ya había algo de terror.

Su amigo Walt Simmons había oído una vez aquel mismo grito proferido por un semental que acababa de ser atropellado por un autobús en la plaza Vendôme, de París. En París no se practicaba la castración. Todos los caballos eran sementales. No se criaban yeguas. Al menos desde la guerra. La guerra lo había cambiado todo.

—¡Lucy! —gritó de nuevo—. ¡Lucy!

No obtuvo respuesta. La casa estaba vacía.

Mientras estaba allí, inmóvil en su soledad y en su larga delgadez, en su desierta casa, Scripps oyó, traído por el viento impregnado de nieve, el grito de guerra de los indios.

3

Scripps se fue de Mancelona. Estaba harto de soportar aquel lugar. ¿Qué podía ofrecerle una ciudad como aquella? Nada. Trabajas toda tu vida y luego te ocurre una cosa así. Años de ahorro barridos en un abrir y cerrar de ojos. Todo a rodar. Decidió irse a Chicago. En Chicago encontraría trabajo. Fijense en su situación geográfica, en la punta del lago Michigan. Chicago conseguiría grandes cosas. Cualquier imbécil podía comprenderlo así. Compraría algo de terreno en la zona llamada el Loop, el gran distrito comercial e industrial. Compraría el terreno a bajo precio y se aferraría a él. Que intentaran quitárselo. Ahora ya conocía un par de trucos y no podían quitárselo.

Solo, con la cabeza descubierta, la nieve cayendo sobre sus cabellos, iba avanzando a lo largo de la vía del tren. Era la noche más fría de toda su vida. Recogió a un pájaro inanimado que había caído, helado, entre los raíles, y se lo puso debajo de la camisa para reanimarlo. El pájaro se acurrucó en el cuerpo caliente de Scripps y se puso a picotearle el pecho en señal de agradecimiento.

—Mi pobre pequeñín —murmuró Scripps—. También tú tienes frío. —Las lágrimas humedecieron sus ojos—. ¡Maldito viento! —masculló Scripps, disponiéndose a seguir su camino entre las ráfagas de nieve.

El viento soplaba de frente y venía del lago superior. Los hilos telegráficos, que pasaban por encima de Scripps, silbaban al ritmo del viento. En la oscuridad, Scripps descubrió un enorme ojo amarillo avanzar hacia él. La locomotora gigante se hundía por entre la tempestad. Scripps se arrimó a la cuneta para dejarle paso. ¿Qué demonios había escrito aquel individuo llamado Shakespeare?: «El poder hace la justicia». Scripps tenía aquella frase en la mente mientras el tren pasaba frente a él, rasgando la espesa cortina de noche y de nieve. Al paso de la locomotora pudo ver cómo el conductor, inclinado hacia delante, estaba ocupado en introducir grandes paletadas de carbón en la boca abierta de la caldera. El maquinista llevaba unas enormes gafas protectoras. Su rostro estaba iluminado por el resplandor que emergía de la puerta abierta de la caldera. Era el maquinista. Era él quien tenía la mano colocada encima de la válvula de paso.

Scripps pensó en los anarquistas de Chicago que en el momento de ser ahorcados declararon: «Por más que hoy nos ahorquéis no os será posible... algo... algo... nuestras almas». Se había erigido un monumento a su memoria, en el lugar donde estaban enterrados, en el Waldheim Cemetery, cerca del Forest Park Amusement Park, de Chicago. El padre de Scripps solía llevar allí a su hijo los domingos. El monumento era totalmente negro y estaba adornado con un ángel negro.

Todo aquello ocurría cuando Scripps era un niño. A menudo preguntaba a su padre: «Padre, ya que venimos los domingos a ver a los anarquistas, ¿por qué no lo aprovechamos para jugar en el tobogán?». La respuesta de su padre le había dejado siempre insatisfecho. Entonces Scripps era un niño con pantalones cortos. Su padre era un gran compositor. Su madre era una italiana del Norte. Son gente rara esos italianos del Norte.

Scripps miró cómo pasaba el tren, con sus largos segmentos negros desfilando con un ruido que pronto se ahogaba en la nieve. Todos los vagones eran Pullman. Las cortinas estaban echadas. Solo se veían unas rayas de luz en la parte baja de las ventanas oscuras, formando una sucesión de líneas horizontales. El tren no rugía como lo habría hecho de haber circulado en sentido inverso, ya que ascendía la pendiente de Boyne Falls. Evidentemente iba menos rápido para subir que para bajar. De todas formas iba demasiado rápido para que Scripps pudiese subirse a él.

Scripps recordaba lo hábil que había sido para saltar sobre los vagones de mercancías, cuando era un muchacho con pantalones cortos.

El largo tren negro de coches Pullman desfiló ante Scripps, inmóvil a unos cuantos pasos de la vía. ¿Quién podía haber en aquellos coches? ¿Americanos que hacían su fortuna durmiendo? ¿Madres de familia? ¿Padres de familia? ¿Amantes quizás? ¿O representantes europeos de una civilización gastada,

agotada por la guerra? Scripps se lo preguntaba.

El último vagón pasó ante él y el tren continuó su ascensión. Scripps siguió con la mirada la luz roja hasta que hubo desaparecido suavemente acompañada por los copos de nieve. El pájaro aleteó bajo su camisa. Scripps continuó su camino sobre los travesaños. Quería llegar a Chicago antes del amanecer para poder encontrar trabajo desde la mañana siguiente. El pájaro aleteó de nuevo. Ya no estaba tan débil. Scripps le acarició con su mano con el fin de tranquilizarle. El pájaro se calmó. Scripps aligeró el paso.

Después de todo, no tenía por qué ir hasta Chicago. Había otros lugares. ¿A pesar de que aquel individuo llamado Henry Mencken había dicho de Chicago que era la capital literaria de América? Estaba Grand Rapids. En Grand Rapids, podría empezar de nuevo desde cero metiéndose en la industria del mueble. Había gente que amasó verdaderas fortunas en aquella rama. Los muebles de Grand Rapids eran célebres para las jóvenes parejas que se paseaban por la tarde, haciendo proyectos para el futuro. Recordaba un cartel anunciador que había visto en Chicago cuando era pequeño. Su madre se lo había enseñado mientras andaban, con los pies descalzos, mendigando de puerta en puerta, por el barrio al que probablemente se le llame hoy el Loop. A su madre le gustaba el reflejo brillante de las bombillas sobre el anuncio.

—Me recuerdan a San Miniato en mi Florencia natal —le decía a Scripps—. Míralas, hijo mío, ya que un día tu música será interpretada allí, por la orquesta sinfónica de Florencia.

Scripps se había pasado horas con la mirada fija en aquel anuncio, mientras su madre dormía envuelta en un viejo chai en un sitio en el que probablemente se levante hoy el Black Stone Hotel. El anuncio le producía una impresión muy fuerte.

PARA AMUEBLAR SU HOGAR CONFÍE EN HARTMAN

Se podía leer. Se iba iluminando con distintos colores. Primero, era un blanco puro, deslumbrante. Era el color preferido por Scripps. Luego, venía un verde muy bonito. Finalmente, un rojo muy intenso. Una noche, mientras estaba acurrucado contra el cálido cuerpo de su madre, con la mirada fija en el centelleante cartel, un policía pasó por allí.

—No pueden ustedes quedarse aquí, levántense —les dijo.

¡Sí, realmente! Se podía hacer mucho dinero con esto de los muebles si sabía cogerse bien. Él, Scripps, conocía a fondo todos los trucos del oficio. Ya estaba decidido. Se quedaría en Grand Rapids. El pájaro se agitó nuevamente, pero esta vez alegre.

—¡Ah! ¡Qué hermosa jaula dorada voy a construirte, pequeño mío! —

comentó Scripps con una alegre voz.

El pajarito le mordilleaba con confianza. Scripps avanzó en la tempestad con la cabeza agachada. La nieve empezaba a amontonarse a lo largo de los raíles. Débil y lejano, traído por el viento, llegó a los oídos de Scripps el grito de guerra de los indios.

4

¿Dónde se hallaba Scripps en estos momentos? Continuaba avanzando a través de la noche y la tempestad, sentía como si su cerebro se nublara. Se había ido con la intención de llegar hasta Chicago tras aquella horrible noche en la que descubrió que su hogar ya no lo era. ¿Por qué Lucy le había abandonado? ¿Qué habría ocurrido con Lousy? Él, Scripps, lo ignoraba. Poco se preocupaba ya de ello. Todo aquello formaba parte del pasado. No quedaba nada de él. Se encontraba, con la nieve hasta las rodillas, delante de una estación. Sobre la estación había un letrero que decía en grandes caracteres:

PETOSKEY

En el andén había un montón de ciervos que, seguramente, habían sido enviados allí por los cazadores del norte de la península de Michigan, y que yacían amontonados los unos sobre los otros, inertes y rígidos, medio cubiertos por la nieve. Scripps leyó de nuevo el letrero. ¿Era posible que se encontrara en Petoskey?

Había un hombre en la estación, tecleando alguna cosa, detrás de una ventanilla. Levantó los ojos para mirar a Scripps. ¿Era telegrafista? Scripps intuía que lo había adivinado.

Scripps se sacó de encima la nieve y se acercó a la ventanilla. Al otro lado, el individuo se entretenía manipulando un aparato.

—¿Es usted telegrafista? —preguntó Scripps.

—Sí, señor —contestó el hombre—. Soy telegrafista.

—¡Qué maravilloso!

El telegrafista le echó una mirada desconfiada. Después de todo, ¿qué le importaba aquel hombre?

—¿Es difícil ser telegrafista? —preguntó Scripps.

Hubiera querido preguntarle inmediatamente a aquel individuo si se hallaba realmente en Petoskey. Desconocía aquella importante región del norte

de los Estados Unidos y quería ser cortés.

El telegrafista le miró de forma inquisidora.

—¡Oiga! —gritó a Scripps—, ¿es usted un hada?

—No —respondió Scripps—. Ignoro lo que quiere decir ser un hada.

—Entonces, ¿por qué se pasea usted con un pájaro?

—¿Un pájaro? —dijo Scripps, extrañado—. ¿Qué pájaro?

—El pájaro que asoma de su camisa.

Scripps se encontró perdido. ¿Qué tipo de individuo era aquel telegrafista? ¿Qué tipo de hombres entraban en telégrafos? ¿Eran parecidos a los compositores?, ¿a los artistas?, ¿a los escritores? ¿Tenían algo que ver con aquella gente que trabajaban en publicidad redactando aquellos anuncios que aparecen en nuestras revistas nacionales? ¿O bien, eran como los europeos con sus mejores años, perdidos y vacíos por la guerra, a sus espaldas? ¿Podía explicar toda su historia a este telegrafista? ¿La comprendería?

—Iba hacia mi casa —empezó—. Pasaba por delante de la escuela de Mancelona...

—Conocí a una muchacha en Mancelona —interrumpió el telegrafista—. Quizá también usted la haya conocido: Ethel Enright.

Imposible continuar de aquel modo. Condensaría su historia. Explicaría lo más esencial. Por otra parte, hacía un frío bestial. Uno se helaba en aquel andén barrido por el viento. Algo le decía que era inútil continuar. Dirigió su mirada hacia el montón de ciervos, fríos y rígidos. Quizá también ellos habían sido amantes. Algunos eran machos, otros hembras. Los machos estaban provistos de astas. Era por eso que se distinguían. Con los gatos es más difícil. En Francia castran a los gatos, pero no a los caballos. Francia estaba lejos.

—Mi mujer me ha abandonado —declaró bruscamente Scripps.

—No me extraña, si se pasa usted el tiempo paseando con un pájaro dentro de la camisa —replicó el telegrafista.

—¿En qué ciudad estamos? —preguntó Scripps.

El único instante de comunicabilidad que había habido se había evaporado. Es decir, que en realidad no había existido. Pero hubiera podido existir. De todas maneras, ahora ya estaba acabado. Era inútil intentar atrapar de nuevo lo que se había perdido. Lo que se había escapado.

—Petoskey —contestó el telegrafista.

—Gracias —dijo Scripps.

Dio media vuelta y se introdujo en la ciudad silenciosa y desierta. Por suerte llevaba encima cuatrocientos cincuenta dólares. Había vendido un cuento a George Horace Lorimer justo antes de emprender aquel paseo étlico con su mujer. ¿Por qué se había marchado? En resumen, ¿qué significado tenía todo aquello?

Vio a dos indios que se le acercaban. Le miraron, pero sus rostros quedaron inmóviles. Continuaron impasibles. Entraron en la barbería de McCarthy.

5

Scripps O'Neil se quedó inmóvil e indeciso frente a la barbería. Dentro, había hombres que se hacían afeitar. Otros, también iguales, se hacían cortar el pelo. Y otros, alineados a lo largo de la pared, sentados en sillas de alto respaldo, fumaban esperando su turno, observando con admiración, quizá los cuadros colgados de la pared de enfrente, quizás el reflejo propio en el gran espejo. ¿Scripps debía entrar? Después de todo, tenía cuatrocientos cincuenta dólares en el bolsillo. Podía ir a donde quisiera. Echó de nuevo otra mirada a la barbería, siempre indeciso. El espectáculo era atractivo: la sociedad de los hombres, una habitación confortablemente caldeada, los peluqueros en bata blanca, actuando hábilmente con las tijeras o la navaja sobre las dóciles cabezas de los clientes. Esos peluqueros sabían usar perfectamente sus instrumentos. Pero Scripps tenía la sensación de que aquello no era precisamente lo que necesitaba. Necesitaba otra cosa. Necesitaba comer. Además, tenía que ocuparse de su pájaro.

Scripps O'Neil volvió la espalda a la barbería y reemprendió su marcha por en medio de aquella ciudad del Norte, silenciosa y glacial. A su derecha, a medida que caminaba, los sauces llorones con sus desnudas ramas se inclinaban hacia el suelo bajo el peso de la nieve. Oyó como un sonido de cascabeles. Quizás estábamos en Navidad. En el Sur, posiblemente los niños encendían petardos mientras gritaban: «¡Regalo de Navidad! ¡Regalo de Navidad!». Su padre era un hombre del Sur. Había servido en el ejército rebelde durante la guerra civil. Sherman había prendido fuego a su casa mientras pasaba en el curso de su avance hacia el mar. «La guerra es el infierno», había dicho Sherman. «Compréndame, señora O'Neil, es mi obligación». Y prendió fuego a la casa de las blancas columnas.

—Si el general O'Neil estuviese aquí, canalla —le dijo la madre de Scripps en su defectuoso inglés—, jamás se habría usted atrevido a tocar esta casa.

Volutas de humo emergían de la vieja casa. El fuego se propagaba. Las

columnas blancas se iban ennegreciendo a medida que el humo se enroscaba por su largo cuerpo. Scripps se había acurrucado junto a su madre, agarrado a su vestido de tiritaña.

El general Sherman había montado de nuevo a su caballo y había ejecutado una amplia reverencia. «Señora O'Neil», había dicho, y la madre de Scripps siempre contaba que tenía los ojos humedecidos, por más yanqui que fuera. El hombre tiene corazón, aunque no obedezca a sus imperativos.

—Señora O'Neil, si el general estuviese aquí, arreglaríamos este asunto entre hombres, lealmente. Pero las cosas siendo como son y la guerra siendo la guerra, debo incendiar su casa.

Señaló a uno de sus soldados que se adelantó para echar un cubo de petróleo sobre el fuego. Las llamas se elevaron y una enorme columna de humo se mezcló al cálido viento de la tarde.

—Menos mal —había dicho la madre de Scripps con aire triunfal— que esta columna de humo servirá como aviso de vuestra llegada a las otras leales hijas de la Confederación.

Sherman efectuó una nueva reverencia.

—Es un riesgo que debemos correr, señora.

Hizo sonar sus espuelas y partió al galope, con su larga cabellera blanca flotando en el viento. Ni Scripps ni su madre le habían vuelto a ver. Era raro que, en aquel momento, pensara de nuevo en aquella historia. Levantó la mirada. Vio frente a él un letrero. Decía:

CASA BROWN: LO MEJOR ES PROBAR

Debía entrar a comer. Es lo que necesitaba. Iba a entrar a comer. Aquel letrero:

LO MEJOR ES PROBAR

¡Ah! Esos propietarios de tabernas, saben lo que se hacen. Saben cómo atraer al cliente. No era necesaria la publicidad en el Saturday Evening Post. Lo mejor es probar. En aquello residía el truco. Entró.

Una vez franqueada la puerta de la taberna, Scripps O'Neil echó un vistazo a su alrededor. Había un largo mostrador. Había un reloj de pared. Había una puerta que comunicaba con la cocina. Había alguna pareja en las mesas. Había un montón de buñuelos bajo una campana de cristal. Había carteles por las paredes anunciando todo tipo de manjares. Pero, después de todo, ¿estaba realmente en la taberna Brown?

—¿Puedo preguntarle —dijo Scripps a una sirvienta de cierta edad que surgió en aquel momento por la puerta batiente de la cocina— si aquí es la

taberna Brown?

—Sí, señor —contestó la camarera—. Lo mejor es probar.

—Gracias —dijo Scripps. Se instaló en el mostrador—. Quisiera judías secas para mí y también unas cuantas para mi pájaro.

Abrió su camisa y puso al pájaro sobre el mostrador. El pájaro aleteó erizando sus plumas. Se puso a picotear la botella de ketchup. La camarera alargó la mano para acariciarlo.

—Es un pequeño compañero muy avisado —comentó.

—A propósito —preguntó algo cohibida—, ¿qué me ha pedido usted?

—Judías secas —contestó Scripps—, para mí y mi pájaro.

La camarera abrió una ventanilla que daba a la cocina. Scripps descubrió una habitación caliente, llena de vapor, con un montón de potes y ollas y una hilera de brillantes cacerolas colgadas en la pared.

—¡Un tocino con judías! —gritó la camarera con buena voz a través de la ventanilla—. ¡Y otro para un pájaro!

—¡Marcha! —contestó una voz en la cocina.

—¿Qué edad tiene su pájaro? —preguntó la camarera.

—No lo sé —contestó Scripps—. Le conozco de ayer noche. Andaba a lo largo de la vía del tren, tras haberme ido a Mancelona. Mi mujer me ha abandonado.

—¡Pobre pequeño! —dijo la camarera.

Vertió un poco de ketchup sobre su dedo, que el pájaro se apresuró a picotear con gratitud.

—Mi mujer me ha abandonado —repitió Scripps—. Habíamos ido a beber junto a la vía del tren. Por las tardes teníamos la costumbre de salir, para ver cómo pasaban los trenes. Escribo. Tengo una narración publicada en el Post y dos en el Dial. Mencken se esfuerza por cogerme entre sus garras. Soy demasiado astuto para dejarme coger. No tengo nada que ver con los polizei. Este tipo de gente me pone la piel de gallina.

¿Qué estaba diciendo? Solo decía desatinos. No podía continuar por aquí. Tenía que coger de nuevo el hilo de la historia.

—Scofield Thayer fue testigo de mi boda —dijo—. Estuve en Harvard. Todo cuanto pido es que nos hagan justicia a mi pájaro y a mí. No más Weltpolitik. Fuera el doctor Coolidge.

Estaba divagando. Sabía por qué. Estaba a punto de caerse de hambre.

Aquel viento del norte era demasiado fuerte para él, demasiado cortante.

—Oiga —dijo—, perdóneme, ¿podría adelantarme unas pocas judías? No me gusta atosigar a la gente. Cuando es necesario, sé dejar que las cosas vayan a su tiempo.

—Aquí están —dijo la camarera.

Scripps se lanzó sobre el plato lleno de judías. Había también un poco de tocino. El pájaro comía con aire satisfecho, alzando la cabeza tras cada bocado para permitir a las judías que efectuaran su descenso.

—Hace esto, dando gracias a Dios por las judías —explicó la camarera.

—Estas judías están suculentas —comentó Scripps para mostrar su conformidad.

Bajo la influencia de las judías, su cabeza se iba aclarando. ¿Qué demonios había dicho referente a Henry Mencken? ¿Le iba realmente detrás? No era una agradable perspectiva. Tenía en el bolsillo cuatrocientos cincuenta dólares. Cuando se le terminaran, siempre le quedaría el placer de poner fin a la comedia.

Si lo ponían entre la espada y la pared, les daría una gran sorpresa. No era hombre para dejarse coger vivo. Que lo intenten y verán.

Después de terminar su plato de judías, el pájaro se había dormido. Dormía sobre una pata, y la otra estaba enroscada bajo las plumas.

—Cuando se haya cansado de dormir sobre una pata, cambiará para descansar —observó la camarera—. En casa teníamos un viejo halcón que era exactamente igual.

—¿Dónde estaba su casa? —preguntó Scripps.

—En Inglaterra. En la región de los lagos. (La camarera dejó escapar una nostálgica sonrisa). La tierra de Wordsworth, ¿sabe usted?

¡Ah, esos ingleses! Se les encontraba en los cuatro extremos del globo. No podían aguantar en su pequeña isla. Extraños nórdicos, obsesionados por sus sueños imperiales.

—No siempre he hecho de camarera —declaró la camarera.

—Estaba seguro de ello.

—Ni nada que se le parezca —continuó la camarera—. Es una historia bastante rara. ¿Le aburre, quizá?

—En absoluto —protestó Scripps—. ¿Le molesta que un día la utilice?

—Ni lo más mínimo si la encuentra usted interesante —contestó la

camarera con una sonrisa—. Evidentemente no citará mi nombre, ¿verdad?

—No, si no tiene un especial interés para usted. A propósito, ¿podrían servirme otro plato de judías?

—«Lo mejor es probar» —contestó sonriendo la camarera.

Tenía un rostro arrugado y gris. Se parecía un poco a aquella actriz que había muerto en Pittsburgh. ¿Cómo se llamaba? Lenore Ulric. En Peter Pan. Sí, exactamente. Se contaba de ella que siempre se paseaba con el velo bajado, pensó Scripps. Era una mujer interesante. ¿Era realmente Lenore Ulric? Posiblemente no. No tenía importancia.

—¿De verdad le apetece otro plato de judías? —preguntó la camarera.

—Sí —contestó sencillamente Scripps.

—¡Otra de judías —gritó la camarera por la ventanilla—, y nada para el pájaro!

—¡Marcha! —contestó la voz.

—Le ruego que continúe su relato —le dijo Scripps amablemente.

—Era el año de la Exposición de París —empezó diciendo—. Yo era una jeune filie en aquella época y mi madre y yo decidimos ir desde Inglaterra. Queríamos estar allí para la inauguración. Bajamos en la estación del Norte, y, antes de llegar al hotel de la plaza Vendôme, en el que habíamos reservado las habitaciones, nos paramos en una perfumería para hacer algunas compras. Si mal no recuerdo, mi madre compró un frasco de «Sales inglesas», como las llaman en América.

Sonrió.

—Sí, continúe. Sales inglesas —repitió Scripps.

—Inscribimos nuestros nombres en el registro, como se acostumbra en los hoteles, y nos acompañaron hasta las dos habitaciones contiguas que habíamos reservado. Como mi madre estaba un poco cansada del viaje, cenamos en nuestras habitaciones. Yo estaba muy excitada pensando en la visita que al día siguiente haríamos a la exposición. Pero me sentía también muy cansada, ya que habíamos tenido una travesía bastante mala, y me dormí profundamente. Al día siguiente, al despertarme, llamé a mi madre. Al no recibir respuesta, me levanté y entré en su habitación con ánimos de despertarla. En lugar de mamá, había en la cama un general francés.

—¡Mon Dieu! —exclamó Scripps.

—Me cogió un terrible pánico —continuó la camarera—, y llamé a la dirección. Subió el conserje y le pregunté dónde estaba mi madre. «Pero,

señorita —contestó el conserje—, nunca hemos oído hablar de su madre. Llegó usted junto con el general X», ya no recuerdo su nombre.

—Llámelo el general Joffre —propuso Scripps.

—Era un nombre más o menos así —contestó la camarera—. Estaba muerta de miedo. Hice llamar a la policía y quise ver el registro donde se inscriben los nombres de los clientes a su llegada. «Verán como figuro inscrita como yendo acompañada por mi madre», dije. Llegó la policía y el conserje trajo el libro de registros. «Vea, mademoiselle, como está usted inscrita al mismo tiempo que el general con el que llegó usted anoche». Estaba desesperada. Acabé por recordar la dirección del salón de belleza. Los policías mandaron a buscar al dependiente. Le hicieron entrar. «Entré en su tienda junto con mi madre —le dije—, y mi madre le compró a usted un frasco de sales aromáticas». «La recuerdo perfectamente, mademoiselle —contestó el dependiente—. Pero no iba usted acompañada de su madre. La acompañaba un general francés, un señor de edad. Creo que compró un rizador de bigotes. Por otra parte, me basta con consultar mis libros para saber, exactamente, lo que compró».

Estaba al límite del desespero. Mientras, los policías habían hecho venir al chofer del taxi que nos llevó de la estación hasta el hotel. Y aquel, juró que jamás me había visto con mi madre. Dígame con franqueza, si le estoy aburriendo.

—Continúe, por favor —contestó Scripps—. ¡Si usted supiera lo goloso que soy para las historias!

—Pues bien —reemprendió la camarera—, ya no hay mucho más que contar. Nunca más he vuelto a ver a mi madre. Me dirigí a la embajada, pero no podían hacer nada. Finalmente acabaron por concretar que efectivamente había cruzado el canal con mi madre, pero eso fue todo. —Los ojos de la vieja camarera se llenaron de lágrimas—. Ya nunca he vuelto a ver a mi madre. Nunca más. Ni siquiera una vez.

—¿Y qué ocurrió con el general?

—Me prestó cien francos, dando la historia por terminada; aun en aquel tiempo no era demasiado dinero, y me vine a América en donde me convertí en camarera. Eso es todo. Es una historia muy sencilla.

—No tan sencilla —dijo Scripps—. Pondría mi mano al fuego, seguro de que en todo esto hay gato encerrado.

—Es lo que yo me digo muchas veces —dijo la camarera—. Presiento como si tuviera que haber algo detrás. En alguna parte, de una forma o de otra, tiene que haber una explicación. No sé lo que me ha hecho pensar hoy de

nuevo en esta historia.

—Ha hecho bien en explicarla —dijo Scripps.

—Sí —contestó sonriendo la camarera (las arrugas de su cara parecían ahora menos profundas)—. Me siento mucho mejor.

—Dígame —preguntó Scripps a la camarera—, ¿sabe usted si puedo encontrar trabajo en esta ciudad para mí y para mi pájaro?

—¿Trabajo honrado? —preguntó la camarera—. Solo estoy al corriente del trabajo honrado.

—Sí, trabajo honrado.

—He oído decir que faltan obreros en la nueva fábrica de bombas de agua —comentó la camarera.

¿Por qué no trabajar con sus propias manos? Rodin lo había hecho. Cézanne había sido carnicero. Renoir, carpintero. Picasso había trabajado en su infancia en una fábrica de cigarrillos. Gilbert Stuart —el que pintó aquellos famosos retratos de Washington, reproducidos por toda América y que adornan todas las clases de las escuelas—, Gilbert Stuart había sido herrero. También estaba Emerson. Emerson había sido carbonero. James Russel Lowell había sido en su juventud, según le habían dicho, telegrafista. Como aquel individuo de la estación. Quizás el individuo de la estación estaba escribiendo su *Thanatopsis* o su *To a Waterfow*. ¿Por qué pues, él, Scripps O'Neil, no podría trabajar en una fábrica de bombas de agua?

—¿Volverá por aquí? —le preguntó la camarera.

—Puede ser —dijo Scripps.

—No olvide traer a su pájaro.

—De acuerdo —dijo Scripps—. Ahora, el pequeño está más bien cansado. Después de todo, la noche también ha sido dura para él.

—Claro —añadió la camarera.

Scripps se metió de nuevo en la ciudad. Se sentía la cabeza más despejada, y dispuesto a afrontar la vida. Una fábrica de bombas de agua podía ser interesante. En estos momentos las bombas de agua tenían su importancia. En Wall Street se ganaban y perdían fortunas a diario gracias a las bombas. Conocía a un individuo que, en menos de media hora, se había hecho con medio millón con lo de las bombas. Esos grandes financieros de Wall Street sabían lo que llevaban entre manos.

Una vez en la calle, miró de nuevo el letrero. Lo mejor es probar, leyó. Evidentemente conocían el truco. Sin embargo, ¿sería verdad que el cocinero

era negro? Una sola vez, durante un corto instante, al levantarse la ventanilla, había creído descubrir algo negro. Quizás el muchacho estaba simplemente cubierto de hollín, al estar tanto rato cerca del fogón.

LA LUCHA POR LA VIDA

Hago constar aquí, solemnemente, que no tengo intención alguna de calumniar ni vilipendiar a nadie. Aunque todo esté calcado del libro de la naturaleza, que no haya personaje o acción que no haya surgido de mis propias observaciones y de mi experiencia personal, he tomado, sin embargo, el máximo cuidado para oscurecer a mis modelos, colocándolos en circunstancias, grados y aspectos tan distintos que se hace imposible determinarlos con exactitud; y si alguna vez sucediera de forma distinta, se debería a que la caracterización descrita fuera tan vulgar que el propio interesado podría reírse con los otros.

HENRY FIELDING.

1

Scripps O'Neil buscaba un empleo. Sería interesante trabajar con las manos. Se alejó de la taberna y pasó de nuevo frente a la barbería de McCarty. No entró. Sin embargo, la tienda se le ofrecía más atractiva que antes, pero lo que Scripps andaba buscando era trabajo. Al final de la calle, inmediatamente después del peluquero, Scripps giró de pronto y se encontró en la calle mayor de Petoskey. Era una hermosa avenida, ancha, adornada a cada lado por una hilera de casas en ladrillo y piedra. Scripps atravesó la calle mayor dirigiéndose a la fábrica de bombas. Cuando se encontró frente al portal de la fábrica, Scripps se sintió molesto. ¿Era realmente la fábrica de bombas? En aquel momento vio salir una columna de bombas que varios obreros depositaron en la nieve salpicándolas de agua, para cubrirlas de una capa de hielo que las protegería de los vientos del invierno, mucho mejor que una capa de pintura. Pero ¿eran realmente bombas? ¿Y si se trataba de un truco? Esos individuos de las bombas eran muy listos.

—¡Oiga! —preguntó Scripps a uno de los obreros que estaba echando agua sobre una bomba recientemente afilada, erigida en la nieve con aire de reproche—. ¿Son bombas de agua?

—Lo serán en el tiempo previsto —contestó el obrero.

Scripps sabía que aquella era la fábrica. Por lo demás, no se dejaría atrapar fácilmente. Se dirigió a la puerta de entrada. Allí había un letrero que decía:

PROHIBIDA LA ENTRADA

«¿Se refiere a mí?», se preguntó Scripps. Llamó a la puerta y entró.

—Querría hablar con el director —dijo de forma tranquila en la penumbra.

Los obreros pasaban delante de él, con bombas nuevas en los hombros. A su paso, Scripps oía el murmullo de unas canciones en voz baja. Los brazos de las bombas se balanceaban rígidamente en señal de silenciosa protesta. Algunas bombas estaban desprovistas de brazos. Quizás eran las más afortunadas, pensó Scripps. Un hombre pequeño se le acercó. Era de piernas cortas, pero bien constituido, con anchos hombros y una cara sombría.

—¿Preguntaba usted por el director?

—Sí, señor.

—Soy el capataz de aquí. El jefe soy yo.

—¿Puede usted emplear y despedir? —preguntó Scripps.

—Puedo hacer fácilmente lo uno y lo otro —dijo el capataz.

—Busco trabajo.

—¿Tiene experiencia?

—No en bombas.

—De acuerdo —dijo el capataz—. Trabajaré a destajo. ¡Eh, Yogi! —gritó a un individuo que estaba cerca de la ventana mirando al exterior—, enseñale a este novato dónde puede guardar sus cosas y cómo moverse por aquí.

El capataz observó a Scripps de pies a cabeza.

—Soy australiano —dijo—. Espero que le guste el trabajo. —Y desapareció.

El hombre que atendía por el nombre de Yogi Johnson se alejó de la ventana.

—Tanto gusto en conocerle —le dijo a Scripps.

Era un tipo fornido, con buena musculatura. Parecía estar de vuelta de muchas cosas.

—Vuestro capataz es el primer australiano con que me encuentro —comentó Scripps.

—¡Oh! No es australiano —contestó Yogi—. Pero se encontró una vez con australianos, durante la guerra, y aquello le impresionó.

—¿También fue a la guerra usted? —preguntó Scripps.

—Sí —contestó Yogi Johnson—. Fui el primero en irme de Cadillac.

—Debe de haber sido una gran experiencia.

—Sí, muy importante —contestó Yogi—. Venga, le enseñaré los talleres.

Scripps siguió al hombre, que le hizo recorrer toda la fábrica. El interior de la fábrica estaba oscuro, pero había una agradable temperatura.

Unos hombres, con la espalda desnuda, alcanzaban las bombas, con la ayuda de unas enormes pinzas, según iban llegando en una cadena sin fin; separaban las bombas con imperfecciones mientras las otras eran colocadas en una nueva cadena sin fin que las subía a la cámara del frío. Otros hombres —la mayoría indios—, vestidos únicamente con un taparrabos, destruían a golpes las bombas defectuosas, con un martillo gigante y azuelas y las fundían de nuevo para construir hachas, ballestas, trombones, moldes de balas, en fin, todos los productos propios de una fábrica de bombas. No había nada que se perdiera, puntualizó Yogi. En un rincón del taller de fundición, había un grupo de muchachos indios, que tarareaban un viejo himno tribal, recogiendo los pequeños fragmentos de metal que se escapaban de las bombas que se estaban forjando, para transformarlos en cuchillas de afeitar.

—Trabajan desnudos —explicó Yogi—. Se les registra a la salida. A veces alguno intenta llevarse cuchillas de afeitar para revenderlas.

—Debe representar una importante pérdida —argumentó Scripps.

—¡Oh, no! —contestó Yogi—. El inspector recupera la mayor parte.

Arriba, en una habitación aparte, trabajaban dos viejos. Yogi abrió la puerta. Uno de los viejos miró por encima de sus gafas de acero y frunció el entrecejo.

—Hay corriente de aire —murmuró.

—Cierren la puerta —ordenó el otro viejo con este tipo de voz aguda y plañidera, típica de las personas de edad.

—Son nuestros dos artesanos —explicó Yogi—. Realizan todas las bombas que la fábrica envía a los concursos internacionales. ¿Recuerda la Peerless Pounder que se llevó el premio de bombas en Italia, cuando Franky Dawson fue muerto?

—Sí, leí el relato en los periódicos —dijo Scripps.

—Fue Mr. Borrow, el del rincón, que realizó Peerless Pounder totalmente a mano y él solo.

—La esculpí directamente en el acero, con este cuchillo. —Mr. Borrow

alzó el brazo para enseñar un cuchillo de hoja corta afilada como una navaja —. Necesité dieciocho meses para dejarla terminada.

—La Peerless Pounder era simplemente una bomba —explicó con voz aguda el viejecito—. Pero en estos momentos trabajamos sobre un nuevo modelo que hundirá todas esas bombas extranjeras, ¿verdad Henry?

—Este es Mr. Shaw —dijo Yogi en voz baja—. Posiblemente el artesano más importante en bombas que vive actualmente.

—Vosotros, muchachos, marchaos y dejadnos trabajar —dijo Mr. Borrow.

Iba esculpiendo con regularidad el metal, sus viejas manos temblaban ligeramente a cada golpe.

—Déjales que miren —protestó Mr. Shaw—. ¿De dónde vienes, muchacho?

—Acabo de llegar de Mancelona —contestó Scripps—. Mi mujer me ha abandonado.

—¡Bah! Encontrarás fácilmente a otra —dijo Mr. Shaw—. Tienes buena planta. Pero si quieres un consejo: tómalo con calma. Una mala mujer es peor que no tener ninguna.

—Yo no soy de tu parecer —intervino Mr. Borrow con su aguda voz—. Cualquier mujer puede ser útil al paso que van las cosas.

—Sigue mi consejo, muchacho, no te precipites. La próxima vez escoge una que sea como Dios manda.

—Henry sabe unas cuantas cosas —dijo Mr. Borrow—. En este tema sabe muy bien lo que se dice.

Dejó escapar una risita aguda. Mr. Shaw, el viejo artesano, enrojeció.

—Bueno, muchachos, ahora marchaos y dejadnos trabajar —exclamó—. Henry y yo tenemos aún un montón de trabajo por hacer.

—Estoy muy contento de haberles conocido —dijo Scripps.

—Vámonos —dijo Yogi—. Lo mejor es que le muestre el trabajo que ha de hacer, si no el capataz me llamará la atención.

Colocó a Scripps en el zunchado de pistones en su sala correspondiente. Y allí trabajó Scripps durante casi un año. En ciertos aspectos fue el año más feliz de su vida. Y en otros fue como una pesadilla. Una espantosa pesadilla. Por momentos amaba aquella pesadilla. Y en otros la odiaba. Sin darse cuenta un año había transcurrido. Continuaba zunchando pistones. Pero, qué cantidad de cosas raras le habían ocurrido durante aquel año. A menudo se extrañaba de ello. Mientras lo estaba pensando, sin dejar de zunchar pistones, ya que ahora

lo hacía casi maquinalmente, escuchaba las risas que subían del taller de la planta baja, donde los muchachos indios modelaban lo que debía convertirse en hojas de afeitar. Mientras escuchaba, algo le subía por la garganta, ahogándolo.

2

Aquella noche, al acabar su primera jornada en la fábrica de bombas, el primer día de lo que debía convertirse en una interminable sucesión de días consagrados al zunchado de pistones, volvió a la taberna para cenar. Durante todo el día el pájaro había estado escondido. Intuía que la fábrica no era el sitio más adecuado para traer a su pájaro. A lo largo del día el pájaro le había puesto varias veces en un aprieto, pero acabó ajustando sus ropas a la circunstancia e incluso abrió una pequeña abertura en su camisa para que el pájaro pudiese sacar su pico y respirar libremente. Ahora, la jornada de trabajo ya se había acabado. Se había acabado. Scripps se encaminó hacia la taberna. Scripps contento de trabajar con sus manos. Scripps pensaba en los viejos artesanos de bombas. Scripps se proponía pasar la velada en compañía de aquella camarera tan simpática. ¿Quién era en realidad aquella camarera? ¿Qué significaba aquella historia que le había ocurrido en París? Tenía que descubrir más cosas sobre aquel endemoniado París. Yogi Johnson había estado allí. Le preguntaría a Yogi. Le haría hablar. Se lo sacaría todo. Se lo haría contar todo. Sabía unas cuantas tretas para conseguirlo.

Mientras miraba cómo se ponía el sol sobre el puerto de Petoskey, el lago helado y los gruesos pedazos de hielo que cabalgaban sobre el muelle, Scripps andaba a grandes pasos por las calles de Petoskey en dirección a la taberna. Le hubiera gustado invitar a Yogi Johnson a cenar con él, pero no se había atrevido. Todavía no. Más tarde lo podría hacer. Cada cosa a su debido tiempo. Era inútil precipitar las cosas con un tío como Yogi. Pero ¿quién era Yogi, en realidad? ¿Había hecho realmente la guerra? ¿Y, qué había significado para él? ¿Había sido, de verdad, el primer hombre de Cadillac que se enroló? A propósito, ¿dónde estaba Cadillac? Todo ello se aclararía con el tiempo.

Scripps O'Neil abrió la puerta de la taberna y entró. La camarera de cierta edad se levantó de la silla en la que se había instalado para leer la edición americana del Manchester Guardian y puso su periódico y sus gafas metálicas sobre la máquina registradora.

—Buenas noches —dijo ella con sencillez—. Es agradable volverle a ver.

Scripps O'Neil sintió que algo se removía en él. Se sintió invadido por un

sentimiento que no podía definir.

—He trabajado durante todo el día —miró a la camarera— para usted —añadió.

—¡Qué amable! —exclamó la camarera; luego dejó escapar una tímida sonrisa—. Yo también he trabajado todo el día... para usted.

Las lágrimas invadieron los ojos de Scripps. Algo se movió de nuevo en él. Alargó el brazo para coger la mano de la camarera de cierta edad, y, con una serena dignidad, colocó su mano en la suya.

—Es usted mi mujer —dijo.

Los ojos de la camarera se llenaron, a su vez, de lágrimas.

—Es usted mi hombre —dijo.

—Repito: es usted mi mujer.

Scripps dejó caer las palabras solemnemente. Algo se había roto de nuevo en él. Notaba que no podría dejar de llorar.

—Que esto sea nuestra ceremonia matrimonial —dijo la camarera.

Scripps le apretó la mano.

—Eres mi mujer —le dijo con sencillez.

—Eres mi hombre y más que mi hombre —le miró a los ojos—, eres América entera para mí.

—Vámonos —dijo Scripps.

—¿Tienes el pájaro? —preguntó la camarera mientras se quitaba el delantal y doblaba su ejemplar del Manchester Guardian Weekly—. Me llevo el Guardian, si no te molesta —dijo mientras envolvía el periódico en su delantal—. Acaba de llegar y no he tenido tiempo aún de leerlo.

—El Guardian me gusta mucho —dijo Scripps—. Recuerdo que en casa siempre lo comprábamos. Mi padre era un gran admirador de Gladstone.

—Mi padre estudió con Gladstone, en Eton —dijo la camarera—. Ya estoy lista.

Se había puesto un abrigo y estaba dispuesta para irse, con su delantal, sus viejas gafas con montura de metal en el viejo estuche de piel, su Manchester Guardian en la mano.

—¿No tienes sombrero? —preguntó Scripps.

—No.

—Pues, te compraré uno —dijo Scripps con ternura.

—Será tu regalo de bodas —dijo la camarera, y las lágrimas llenaron de nuevo sus ojos.

—Y ahora, salgamos —dijo Scripps.

La camarera de cierta edad salió de detrás del mostrador y juntos, dándose la mano, se perdieron en la noche fría.

En la taberna, el cocinero negro abrió la ventanilla y sacó la cabeza para mirar la sala.

—Se han marchado —dijo con una sonrisa—. Se han ido en la noche fría. Bien, bien, bien.

Bajó suavemente la ventanilla. Incluso él se había emocionado un poco.

3

Al cabo de una media hora, Scripps O'Neil y la camarera volvían de nuevo a la taberna en calidad de marido y mujer. La taberna estaba igual. Había el largo mostrador, las vinagreras, los azucareros, la botella de ketchup, la botella de Worcestershire Sauce. Había la ventanilla que comunicaba con la cocina. Detrás del mostrador estaba la sustituta de la camarera. Era una bonita muchacha, con buen tipo y expresión divertida, que llevaba un delantal blanco. En el mostrador, sentado sobre un taburete, un tamborilero leía un periódico de Detroit. El tamborilero comía un bistec con puré de patatas. Algo muy hermoso acababa de ocurrirles a Scripps y a la camarera. Ahora tenían hambre. Tenían ganas de comer.

La camarera de edad madura contemplaba a Scripps. Scripps contemplaba a la camarera. El tamborilero leía su periódico y echaba, de vez en cuando, un poco de ketchup sobre su puré de patatas. La otra camarera, Mandy, estaba detrás del mostrador con su delantal blanco recién almidonado. Escarcha en los cristales. Calor en el interior. Frío en la calle. El pájaro de Scripps, un poco aturdido, sobre el mostrador, se alisaba las plumas.

—Así que han vuelto ustedes —dijo Mandy, la camarera—. El cocinero había dicho que se habían perdido en la noche fría.

La camarera de edad madura miró a Mandy, con los ojos brillantes, con voz reposada y un timbre que ahora era mucho más profundo y rico.

—Ahora somos marido y mujer —dijo con dulzura—. Acabamos de casarnos. ¿Qué te apetece comer, Scripps querido?

—No lo sé —contestó Scripps.

Sentía un extraño malestar. Algo en él se agitaba sordamente.

—Ya debes de estar harto de las judías secas, Scripps querido —le dijo la camarera de edad madura convertida en su mujer.

El tamborilero levantó la mirada de su periódico. Scripps se dio cuenta de que era el News de Detroit. Un buen periódico.

—Es un buen periódico el que está usted leyendo —le dijo Scripps al tamborilero.

—Sí, el News es un buen periódico —contestó el tamborilero—. ¿Ustedes dos están en luna de miel?

—Sí —dijo Scripps—. Ahora somos marido y mujer.

—Bien —dijo el tamborilero—. Es una cosa muy hermosa e importante. Yo también estoy casado.

—¿Usted? —dijo Scripps—. Mi mujer me ha abandonado. Esto ocurría en Mancelona.

—No hablemos más de ello, Scripps querido —dijo mistress Scripps—. ¡Lo has contado ya tantas veces!

—Tienes razón —dijo Scripps.

Sentía como una especie de desconfianza hacia sí mismo. Había algo raro que se agitaba, en alguna parte de su cuerpo. Miró a la camarera llamada Mandy, tan encantadora y fuerte, con su delantal blanco recién almidonado. Miró sus manos, unas manos sanas, tranquilas, capaces, ocupadas en su trabajo de camarera.

—Deberían probar estos bistecs con puré de patatas —propuso el tamborilero—. Aquí hacen unos bistecs muy buenos.

—¿Quieres uno, querida? —preguntó Scripps a su mujer.

—Yo tomaré únicamente un tazón de leche con crackers —contestó mistress Scripps—. Pero tú, come lo que te apetezca, querido.

—Aquí tiene su leche con galletas, Diana —dijo Mandy mientras colocaba el tazón sobre el mostrador—. ¿Quiere un bistec, señor?

—Sí —dijo Scripps y sintió como algo se agitaba de nuevo en él.

—¿En su punto o crudo?

—Crudo, por favor.

La camarera se giró hacia la ventanilla.

—¡Bistec para uno y que sea crudo!

—Gracias —dijo Scripps.

Siguió con la mirada a Mandy, la camarera. Aquella muchacha, al hablar, poseía el don de lo pintoresco. Era el mismo tipo de calidad pintoresca en el lenguaje, que le había interesado desde el comienzo en su mujer actual. Aquello y su extraño pasado. Inglaterra, la región de los lagos. Scripps recorrió la región de los lagos en compañía de Wordsworth. Un prado de narcisos dorados. El viento que sopla sobre el lago de Windermere. Posiblemente, a lo lejos, un ciervo era perseguido. No, aquello ocurrió más al Norte, en Escocia. Eran una raza sólida, esos escoceses, enterrados entre sus recias montañas. Harry Lauder y su pipa. Los highlanders durante la Gran Guerra. ¿Por qué él, Scripps, no había hecho la guerra? Era en esto, donde aquel tipo, Yogi, le ganaba. La guerra habría sido una experiencia muy importante para Scripps. ¿Por qué no había ido? ¿Por qué no había oído hablar sobre ella a tiempo? Quizá fuera demasiado viejo. Sin embargo, si uno piensa en aquel viejo general francés, Joffre. Era evidente que Scripps era más joven que él. El general Foch rezando por la victoria. Los soldados franceses arrodillados sobre el Chemin des Dames, rezando por la victoria. Los alemanes con su Gott mit uns. ¡Qué broma! Seguro que no era más viejo que aquel general francés llamado Foch. Aquello le hacía pensar.

Mandy, la camarera, colocó el plato de bistec con puré de patatas encima del mostrador. Al dejar el plato, su mano, en una fracción de segundo, rozó la de Scripps. Scripps sintió como un extraño escalofrío. Tenía mucha vida por delante. No era un anciano. ¿Por qué no había ya más guerras? A lo mejor aún había. En China los hombres combatían y se mataban chinos entre chinos. ¿Por qué razón? Scripps se lo preguntaba. ¿Qué significaba todo aquello?

Mandy, la rolliza camarera, se inclinó sobre el mostrador.

—¡Oiga! —exclamó—. ¿Les he contado alguna vez las últimas palabras de Henry James?

—Sí, mi querida Mandy —replicó Mrs. Scripps—. Ha contado usted esa historia más de una vez.

—Escuchémosla —intervino Scripps—. Henry James me interesa mucho.

Henry James, Henry James. Aquel individuo que se había ido de su tierra natal para irse a vivir a Inglaterra entre los ingleses. ¿Por qué había hecho aquello? ¿Por qué razón se había ido de América? ¿No tenía aquí sus raíces? Su hermano William. Boston. El pragmatismo. La Universidad de Harvard. El viejo John Harvard y sus zapatos con hebilla de plata. Charley Brickley. Addie Mahan. ¿Dónde estarían ahora?

—Pues bien —empezó diciendo Mandy—, Henry James se convirtió en ciudadano británico en su lecho de muerte. En cuanto el rey supo que Henry

James se había convertido en súbdito británico, le concedió, de inmediato, la más alta condecoración que le era posible otorgar: la Orden del Mérito.

—La O. M. —concretó Mrs. Scripps.

—Exacto —prosiguió la camarera—. Los profesores Gosse y Saintsbury acompañaron a la persona encargada de llevar la condecoración. Henry James estaba tendido sobre su lecho de muerte y tenía los ojos cerrados. Como única luz había una vela sobre una mesilla de noche. La enfermera les autorizó para que se acercaran a la cama y le colocaron, alrededor del cuello, la banda de la condecoración mientras depositaban la medalla sobre la sábana, encima del pecho. Los profesores Gosse y Saintsbury se inclinaron para alisar la banda condecorativa. En ningún momento Henry James abrió los ojos. Después, la enfermera les dijo que debían salir todos de la habitación y salieron todos. En cuanto se hubieron marchado, Henry James se dirigió a la enfermera y le dijo sin abrir los ojos: «Enfermera —dijo—. Apague la vela para que no vean que me ruborizo». Fueron sus últimas palabras.

—James era un escritor muy bueno —dijo Scripps O’Neil, extrañamente conmovido por el relato.

—Jamás lo cuenta de la misma manera —puntualizó Mrs. Scripps.

Los ojos de Mandy se habían llenado de lágrimas.

—Henry James me emociona especialmente —dijo Mandy.

—¿Pero qué tenía ese James? —preguntó el tamborilero—. ¿Acaso América no le bastaba?

Scripps O’Neil pensaba en Mandy, la camarera. ¡Qué cultura debía de poseer aquella muchacha! ¡Qué pozo de anécdotas! ¡Un hombre podía ir lejos con una mujer así que le ayudara! Acarició el pajarito que estaba sentado en el mostrador frente a él. El pájaro le mordisqueó el dedo. ¿Era un halcón aquel pájaro? Quizás era un halcón escapado de una de las grandes halconerías de Michigan. ¿O quizás era un pardillo, que había pasado sus horas desenterrando gusanos de algún verde parterre? Scripps se lo preguntaba.

—¿Qué nombre tiene su pájaro? —preguntó el tamborilero.

—Aún no se lo he puesto. ¿Qué nombre le pondría usted?

—¿Por qué no, Ariel? —sugirió Mandy.

—O Puck —señaló Mrs. Scripps.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el tamborilero.

—Es un personaje de Shakespeare —explicó Mandy.

—¡Oh, dejad el pájaro a su suerte!

—Y usted, ¿qué nombre le pondría? —preguntó Scripps al tamborilero.

—¿No será, por casualidad, un loro? —preguntó el tamborilero—. Porque si fuera un loro se podría llamar Polly.

—En la Ópera de los mendigos hay un personaje que se llama Polly —aclaró Mandy.

Scripps estaba pensativo. Después de todo, quizás el pájaro era un loro. Un loro extraviado, que debía de haber vivido en una confortable casa, en compañía de alguna solterona. De alguna solterona de Nueva Inglaterra.

—Sería mejor aguardar un poco y ver lo que da de sí —aconsejó el tamborilero—. Siempre se está a tiempo de darle un nombre.

Aquel tamborilero tenía ideas sanas. Él, Scripps, ni siquiera sabía a qué sexo pertenecía el pájaro. Si era un pájaro macho o un pájaro hembra.

—Aguarden a ver si pone huevos —propuso el tamborilero.

Scripps miró a los ojos al tamborilero. Aquel individuo había dicho lo que él, Scripps, estaba pensando en su fuero interno.

—Usted, tamborilero, sabe muchas cosas —le dijo Scripps.

—Bueno —reconoció modestamente el tamborilero—, por algo he tocado el tambor durante tantos años.

—Es verdad, amigo —dijo Scripps.

—Es simpático el pájaro, ¿eh, hermano? —aseveró el tamborilero—. Y se ha encariñado usted con él.

Scripps asintió. ¡Ah! ¡Cuántas cosas sabían esos tamborileros! Claro que, después de recorrer la vieja América por sus cuatro costados. Esos tamborileros sabían abrir los ojos. No eran imbéciles.

—Escuchen —dijo el tamborilero (se echó para atrás el sombrero hongo y, adelantándose, escupió en la gran escupidera de cobre que estaba al lado de su taburete) —, me gustaría contarles una cosa muy hermosa que me ocurrió un día en Bay City.

Mandy, la camarera, se apoyó sobre el mostrador. Mistress Scripps se inclinó en dirección al tamborilero para escucharle mejor. El tamborilero miró a Scripps como excusándose y acarició al pájaro con el índice.

—Se lo contaré otro día, hermano —dijo.

Scripps lo comprendió. De la cocina, por entre la ventanilla, llegó una risa aguda y lacerante. Scripps aguzó el oído. ¿Era la risa del negro? Se quedó pensativo.

Scripps salía cada mañana para su trabajo sin demasiadas prisas. Mrs. Scripps, asomada a la ventana, miraba cómo se alejaba por la calle. Ahora ya no le quedaba tiempo para leer el Guardian. Ya no le quedaba tiempo para mantenerse al corriente de la política inglesa. Ya no le quedaba tiempo para preocuparse por las crisis ministeriales de Francia. Los franceses eran un pueblo extraño. Juana de Arco. Eva La Gallienne. Clemenceau. Georges Carpentier. Sacha Guitry. Ivonne Printemps. Grock. Los Fratellinis. Gilbert Seldes. El Dial. El premio del Dial. Marianne Moore. E. E. Cummings. The Enormous Room. Vanity Fair. Frank Crowninshield. ¿Qué conseguía con todo esto? ¿Adónde le llevaba?

Ahora tenía un hombre. Un hombre que le pertenecía. Para ella sola. ¿Podría conservarlo? ¿Podría conservarlo para ella sola? Se lo preguntaba a sí misma.

Mrs. Scripps, la excamarera de edad madura, actualmente la esposa de Scripps O'Neil, que tenía un buen trabajo en la fábrica de bombas. Diana Scripps. Diana era su nombre. También había sido el de su madre. Diana Scripps, se miraba al espejo y se preguntaba si sería capaz de conservar a su hombre. Aquello se iba convirtiendo en una pesadilla. ¿Por qué había tenido que encontrarse con Mandy? ¿Tendría la suficiente fuerza para hacer cesar aquella costumbre que tenía Scripps de ir a comer al restaurante? Era imposible. Iría solo. Estaba segura de ello. Era inútil colocarse una venda en los ojos. Iría solo y conversaría con Mandy. Diana se miró al espejo. ¿Podría conservarlo? ¿Podría conservarlo? Aquel pensamiento no la abandonaba.

Todas las noches en el restaurante —ya no podía llamarlo taberna— la misma pregunta le atenazaba la garganta y le producía en ella un nudo que la ahogaba. Ahora, todas las noches en el restaurante, Scripps y Mandy conversaban juntos. La chica intentaba quitárselo. A él, su Scripps. Intentar quitárselo. Quitárselo. ¿Lo podría conservar, ella, Diana?

Aquella Mandy era una zorra. ¿Eran maneras adecuadas? ¿Era una cosa bien hecha? ¿Perseguir al hombre de otra mujer? ¿Interponerse entre marido y mujer? ¿Destrozar un hogar? Y todo aquello con la ayuda de interminables reminiscencias literarias. Con aquellas anécdotas interminables. Scripps se sentía fascinado por Mandy. Aquello, Diana, no lo negaba. Pero todavía podía retenerlo. Por ahora, era lo único que contaba. Retenerlo. Retenerlo. No dejarle marchar. Incitarlo a que se quedara. Se miró al espejo.

Diana se suscribió a Forum. Diana se puso a leer The Mentor. Diana siguió asiduamente los artículos de William Lyon Phelps en Scribner's. Diana recorría las calles heladas cuando se dirigía a la biblioteca municipal para leer las críticas literarias del Literary Digest. Diana aguardaba al cartero que debía traerle The Bookman. Diana, en la nieve, esperaba a que el cartero le trajese The Saturday Review of Literature. Diana, con la cabeza descubierta, con el rostro azotado por las ráfagas de nieve, esperaba que el cartero le trajera el «Suplemento Literario» del New York Times. ¿Aquello servía para algo? ¿Aquello podría retenerle?

Al principio, pareció que sí. Diana se aprendía de memoria los editoriales de John Farrar. El rostro de Scripps se iluminaba. Un poco de la luz de antaño se puso a brillar en sus ojos. Después desaparecía. Un pequeño error en el título, algún fallo en la comprensión de una frase, el menor cansancio en su expresión y todo sonaba a falso. A pesar de ello, continuaría. No se declararía vencida. Era su marido y lo retendría. Desvió la mirada de la ventana y rompió la faja de papel que ceñía la revista que estaba encima de la mesa. Era el Harper's Magazine. El Harper's Magazine en un nuevo formato. El Harper's Magazine completamente reformado y revisado. ¿Quizá podría basar en ello su éxito? ¿Quizá?

5

La primavera ya estaba cerca. La primavera estaba en el aire. El chinook soplabla. Los obreros salían de la fábrica para regresar a sus casas. El pájaro de Scripps cantaba desde su jaula. Diana miraba por la ventana abierta. Diana estaba pendiente de la llegada de Scripps. ¿Podría retenerlo?

¿Podría conservarlo? Y, si fracasaba, ¿le dejaría su pájaro? Desde hacía algún tiempo tenía la sensación de que no sabría retenerlo. Ahora, de noche, cuando acariciaba a Scripps, se daba la vuelta hacia el otro lado de la cama. Aquello era solo una pequeña advertencia, pero la vida estaba hecha de pequeñas advertencias. Comprendía que no podría retenerlo. Mientras miraba por la ventana, el Century Magazine se escapó de su mano inerte. El Century tenía un nuevo editor. Ahora había más grabados. Gleen Frank se había ido a dirigir alguna gran universidad. La revista contaba con algunos Van Doren de más en su seno. Diana presentía que aquello la iba a ayudar. Había abierto con fervor el Century, y lo había leído toda la mañana. Luego el viento, el cálido chinook, se había levantado y adivinó que su Scripps no tardaría en llegar. Había hombres, cada vez en más cantidad, que bajaban por la calle. ¿Scripps se hallaba entre ellos? No le gustaba ponerse las gafas para ver con más

claridad. Quería que la primera mirada que Scripps le dedicase, la encontrase de la mejor manera. A medida que la llegada de Scripps se iba acercando, la confianza que había puesto en el Century iba disminuyendo. ¡Había esperado tanto que la revista le facilitara algo que le permitiera retenerlo! Ya no estaba segura de ello.

Scripps bajaba por la calle en compañía de un grupo de agitados obreros. Hombres que se sentían turbados por la primavera que llegaba. Scripps se despidió de los obreros que iban metiéndose, de uno en uno, en lo que antaño fuera un bar. Scripps no levantó la cabeza en dirección a la ventana. Scripps sube la escalera. Scripps se acerca. Scripps ya está aquí.

—Buenos días, Scripps querido —le dijo—. He leído un relato de Ruth Suckow.

—Buenos días, Diana —contestó Scripps.

Tenía un aspecto de vieja y gastada. Era obligado mostrarse educado.

—¿De qué trata? —preguntó.

—Es la historia de una niña de Iowa —dijo Diana mientras se le acercaba—. Una historia de las relaciones entre la gente y la tierra. Me ha recordado un poco mi región de los lagos.

—¿De verdad? —dijo Scripps.

En cierto modo el trabajo de la fábrica lo había endurecido. Su manera de hablar era ahora más cortante, parecida a la de esos rudos obreros del Norte. Pero su espíritu era el mismo.

—¿Te gustaría que te leyera algunos trozos? —preguntó Diana—. Hay unos grabados muy bonitos.

—¿Y si fuéramos a la taberna?

—Como quieras, querido —contestó Diana; luego su voz se quebró—. ¡Si, por lo menos, no hubieras puesto nunca los pies en aquel sitio!

Diana se enjugó las lágrimas. Scripps ni siquiera las había notado.

—Voy a llevarme el pájaro, querido —dijo—. No ha salido en todo el día.

Juntos emprendieron el camino de la taberna. Ya no andaban con las manos juntas. Andaban como, lo que suele llamarse, una vieja pareja. Mrs. Scripps llevaba en la mano la jaula del pájaro. El pájaro estaba contento de pasearse con la brisa cálida del viento. Unos hombres titubeantes, ebrios de primavera, se cruzaron con ellos. Algunos hablaban con Scripps. Ahora era ya muy conocido y apreciado en la ciudad. Algunos, al pasar, se sacaban su sombrero para saludar a Mrs. Scripps. Ella contestaba con gesto vago.

«Si pudiera conservarlo —pensaba ella—. Si pudiera conservarlo». Mientras avanzaban por la nieve que ya se iba fundiendo, por la estrecha acera de aquella ciudad del Norte, algo se agitó, de repente, en la cabeza de Diana. Quizás al ritmo de sus pasos gemelos. «No puedo retenerlo. No puedo retenerlo. No puedo retenerlo».

Al cruzar la calle, Scripps la cogió del brazo. En cuanto la mano de Scripps tocó su brazo, Diana comprendió que aquello era verdad. Jamás podría retenerlo. Un grupo de indios se cruzó con ellos. ¿Se burlaban de ella o sus risas habían sido provocadas por alguna anécdota tribal? Diana no habría sabido decirlo. Todo cuanto sabía era que aquella agitación en su cabeza tomaba un ritmo lacerante. «No puedo retenerlo. No puedo retenerlo».

NOTA DEL AUTOR

Dirigido al lector, no al impresor. ¿En qué podría interesar al impresor? Y, además, ¿quién era aquel impresor? Gutenberg. La Biblia de Gutenberg. Caxton. Caslon de cuerpo 12, ojo grande. La linotipia. El niño-autor víctima de las bromas del tipógrafo. El joven autor al que envían a buscar el tamborilete. ¡Ah! ¡Esos impresores sabían lo que llevaban entre manos! (En el caso de que el lector se hiciera un lío, estamos ahora al comienzo de la historia, en el momento en que Yogi Johnson y Scripps O'Neil se hallaban en la fábrica de bombas, mientras, en el exterior, soplaban el chinook. Como han podido ver, Scripps O'Neil ha salido de la fábrica y en estos momentos se dirige a la taberna en compañía de su mujer que tiene miedo de no poderlo conservar. En lo que a nosotros respecta, no creemos que lo consiga, pero el lector juzgará por sí mismo. Ahora vamos a dejar a la pareja en dirección a la taberna y volvamos a buscar a Yogi Johnson. Queremos que el lector llegue a querer a Yogi Johnson. El relato avanzará, inexorablemente, un poco más de prisa —dirigido a los lectores que empezarán a cansarse—. Por otra parte, nos esforzaremos por introducir en el relato un cierto número de buenas anécdotas. ¿Nos acusarán de abuso de confianza, si revelamos al lector que las mejores de todas esas anécdotas nos han sido facilitadas por Mr. Ford Madox Ford? Dirigimos a este último nuestro agradecimiento y suponemos que el lector, por su parte, hará lo mismo. Sea como sea, ahora vamos a volver a Yogi Johnson. Yogi Johnson, según recordará el lector, es el individuo que ha hecho la guerra. Al comienzo de la historia, estaba saliendo de la fábrica.

Es muy difícil escribir de ese modo, empezando por el final, y el autor se atreve a esperar que el lector lo comprenderá así y no le tendrá en cuenta esta pequeña explicación. Yo sé que, por lo que a mí respecta, estaría muy contento de leer cualquier cosa que el lector hubiera podido escribir y deseo que el lector se halle en parecida disposición. Si hubiera algunos lectores que desearan hacerme leer sus obras, bien en plan de crítica o para aconsejar, suelo pasar las tardes en el café del Dome, discutiendo de arte con Harold Stearns y

Sinclair Lewis; el lector puede traerme sus manuscritos o bien puede enviármelos a mi dirección bancaria, si es que continúo poseyendo una cuenta en el Banco. Bueno, y ahora, si el lector se siente preparado —compréndanme bien: no quiero empujarle en absoluto—, volveremos a Yogi Johnson. Pero les ruego que no olviden, mientras nos ocupamos de Yogi Johnson, que Scripps O’Neil y su mujer están camino de la taberna. Lo que, una vez allí, les ocurrirá, no lo sé. ¡Si el lector pudiera ayudarme!).

HOMBRES EN GUERRA Y MUERTE DE UNA SOCIEDAD

Por lo demás, se puede notar que la afectación no implica la ausencia total de cualidades afectadas. Cuando la afectación procede de la hipocresía, puede, efectivamente, ser confundida con el engaño; pero cuando procede únicamente de la vanidad, participa de la naturaleza de la ostentación: la afectación de la generosidad en un hombre vanidoso, por ejemplo, difiere notablemente de la misma afectación en un avaro, ya que, por más que el vanidoso no sea lo que quiere parecer, o que no posea la virtud que simula, en el grado que le gustaría mostrar, la afectación le sienta mejor que al avaro que es el polo opuesto de lo que desearía parecer.

HENRY FIELDING.

1

Yogi Johnson usó la salida reservada a los obreros y pronto se encontró en la calle. La primavera estaba en el aire. La nieve se derretía y, convertida en agua, se escurría por las cloacas. Yogi Johnson andaba por el centro de la calzada, sobre la parte helada que aún se mantenía intacta.

Giró a la izquierda, y pasó por el puente que cruzaba el Bear River. El hielo ya se había fundido en el río y Yogi siguió con la mirada la revuelta corriente pardusca. Abajo, junto al río, las ramas de los sauces empezaban a llenarse de brotes verdosos.

Yogi Johnson pensó que aquel viento era un verdadero chinook. El capataz acertó al dejar marchar a los hombres. Hubiese resultado peligroso mantenerlos encerrados en un día como aquel. Cualquier cosa podía ocurrir. El dueño de la fábrica no era tonto. Cuando soplabla el chinook, lo único que había que hacer era decir a los hombres que podían irse. Y entonces, si algo le

ocurría a uno de ellos, la culpa ya no era del dueño. Y así no entraba en conflicto con la Employer's Liability Act. Esos grandes fabricantes de bombas sabían lo que se hacían. Era gente lista, no cabe duda.

Yogi estaba preocupado. Una idea le rondaba por la cabeza. Ahora ya estábamos en primavera, era del todo cierto, y no tenía ganas de mujer. Últimamente aquello le había preocupado mucho. Debía confesárselo. No tenía ganas de mujer. No conseguía explicárselo. El día anterior había ido a la biblioteca municipal y había pedido un libro. Había mirado a la bibliotecaria. No la deseaba. Por alguna extraña razón, aquella mujer no le decía nada. En el restaurante donde solía comer, observó intensamente a la camarera que le traía sus platos. Tampoco ella le apetecía. Se cruzó con un grupo de muchachas que salían del colegio. Las miró una por una. No deseaba a ninguna. Decididamente, algo no marchaba del todo bien. ¿Entraba ya en la vejez? ¿Era aquello el fin?

«Bueno —pensó Yogi—, las mujeres se han acabado para mí, aunque supongo que no; pero me queda todavía mi amor por los caballos». Iba subiendo la colina que lleva de Bear River a Charlevoix Road. La pendiente no era excesivamente pronunciada, pero así lo pareció a las piernas de Yogi, que sentían la primavera. Frente a él descubrió una tienda de granos y simientes. Delante estaba parado un carruaje con unos magníficos caballos. Yogi se dirigió hacia ellos. Le apetecía tocarlos, asegurarse de que aún le quedaba alguna cosa. El caballo que se encontraba más acá le miró mientras se acercaba. Yogi se metió la mano en el bolsillo en busca de un azúcar. No tenía azúcar. El caballo echó las orejas hacia atrás y enseñó los dientes. El otro caballo giró la cabeza bruscamente. ¿Era aquello cuanto recibía por su amor hacia los caballos? Después de todo, quizás aquellos caballos no se hallaban en su estado normal. Quizá tenían un esparaván en las glándulas. Quizá se les había clavado algo en la tierna herradura de sus pies. Quizás eran amantes.

Yogi prosiguió su camino y, al llegar arriba, dobló a la izquierda por Charlevoix Road. Se alejó de las últimas casas en las afueras de Petoskey y se encontró de pronto en pleno campo. A su derecha, había un campo que se extendía hasta Little Traverse Bay. El azul de la bahía se confundía en la inmensidad del lago Michigan. Al otro lado de la bahía, las colinas de pinos detrás de Harbour Springs.

Detrás de las colinas, allí, donde la mirada se perdía, estaba Cross Village, el poblado de los indios. Más allá, el estrecho de Mackinac con Saint Ignace, en donde había ocurrido algo maravilloso a Oscar Gardner, el individuo que trabajaba al lado de Yogi en la fábrica. Más lejos todavía, estaba el Soo, a la vez americano y canadiense.

Era allí donde, a veces, los espíritus más inquietos de Petoskey iban a

beber cerveza. Se sentían reconfortados en cierto modo. Lejos, muy a lo lejos, hacia atrás en dirección opuesta, al pie del lago, estaba Chicago, la ciudad que Scripps O'Neil se había fijado como meta a su viaje durante aquella noche en la que su matrimonio había dejado de ser un matrimonio. Cerca de allí, Gary, en Indiana, en donde estaban las grandes acerías. También cerca de allí, estaba Hammond, en Indiana. Y también Michigan City, en Indiana. Un poco más lejos, se encontraba Indianápolis, en Indiana, en donde vivía Booth Tarkington. Aquel individuo estaba en un error. Un poco más abajo, estaba Cincinnati, en Ohio. Y después, Vicksburg, en Mississippi. Y luego, Waco, en Texas. ¡Ah! ¡Nuestra vieja América ocupaba realmente mucho terreno!

Yogi cruzó la carretera y se sentó sobre un montón de troncos desde donde podía apreciar una vista general del lago. Después de todo, la guerra se había acabado y él estaba vivo.

Había un individuo en el libro del tal Anderson, que le había dado la bibliotecaria la noche anterior. Pero ¿por qué no había deseado a la bibliotecaria? ¿Acaso era el pensar que podía llevar dentadura postiza? ¿Se trataba de otra cosa? ¿Quizá se lo diría algún día un niño? No lo sabía. Pero, después de todo, ¿qué le importaba la bibliotecaria?

Aquel individuo del libro de Anderson. También había sido soldado. Según Anderson, había pasado dos años en el frente. ¿Cómo se llamaba? Fred y algo más. Aquel Fred tenía unas ideas —terroríficas— que le daban vueltas en la cabeza. Una noche, en pleno período de combate, se le había llamado para formar —no, era para hacer una patrulla— en la tierra de nadie. Allí descubrió a un hombre que avanzaba en la oscuridad y disparó. El hombre había caído hacia delante, muerto. Aquella había sido la única vez en que Fred tuvo conciencia de matar a un hombre. Según el libro, en la guerra no se matan muchos hombres. «¡Si tú lo dices!», pensó Yogi. Cuando uno pasa dos años en el frente, en Infantería... Los tipos revientan, simplemente. Ciertamente, pensó Yogi. Anderson decía que aquello más bien había sido un gesto histérico por parte de Fred. Él y los muchachos que le acompañaban hubieran podido hacerle prisionero. Todos tenían los nervios destrozados. Después de aquello, se echaron a correr. ¿Hacia dónde habían ido?, se preguntaba Yogi. ¿A París?

Fred se obsesionó con la idea de haber matado a aquel hombre. La guerra tenía que ser leal. Según Anderson, aquello era lo que los soldados creían. Te metías en el infierno. Y pensar que Fred se había pasado dos años en el frente, en un regimiento de Infantería.

Una pareja de indios paseaba por la carretera murmurando entre dientes. Yogi los llamó. Los indios se le acercaron.

—¿Gran jefe blanco tendría un poco de tabaco? —inquirió el primer indio.

—¿Jefe blanco tendría alcohol? —preguntó el segundo indio.

Yogi les ofreció un paquete de Peerless y su cantimplora.

—Jefe blanco lleva grandes medicamentos —murmuraron los indios.

—Escuchad —dijo Yogi—. Voy a confiaros algunas observaciones sobre la guerra. Un tema que me interesa.

Los indios se sentaron sobre los troncos. Uno de ellos señaló el cielo con el dedo:

—Allí arriba, está Manitú el todopoderoso —gruñó.

El otro indio guiñó un ojo a Yogi:

—Jefe blanco no debe creer todas las imbecilidades que oye —le dijo.

—Escuchad —dijo Yogi Johnson, y les habló de la guerra.

Para él, la guerra, dijo Yogi a los indios, había sido otra cosa. Para él la guerra había sido como un partido de fútbol, de fútbol americano. Como el que se juega en los colegios. Carlisle Indian School. Los dos indios asintieron con la cabeza. Habían ido a Carlisle.

Yogi había sido centro en un equipo de fútbol y la guerra era exactamente igual, violentamente desagradable. Jugando al fútbol, cuando se tenía la pelota, uno debía mantenerse inclinado hacia delante, las piernas separadas con la pelota en los pies; había que aguzar el oído en espera de la señal, comprenderla y hacer el pase adecuado. Había que estar constantemente sobre aviso. Mientras teníais la pelota entre las manos, el centro del otro equipo se mantenía delante vuestro, pero en cuanto intentabais pasar la pelota una de sus manos os caía, de pronto, en la cara, mientras que, con la otra, intentaba cogeros por debajo de la barbilla o por el sobaco intentando haceros caer hacia delante o hacia atrás con el fin de abrirse camino y poner la pelota fuera de juego. Uno se veía obligado, a su vez, a arremeterlo con una tal violencia que rodaríais los dos por el suelo. El otro tenía toda la ventaja. No era precisamente divertido. Cuando teníais la pelota, el otro os aventajaba. Lo único agradable era que, en cuanto el otro tenía la pelota, uno podía brutalizarle a su vez. Con ese sistema se quedaba empatado e incluso, a veces, se podía llegar a cierta tolerancia. El fútbol, al igual que la guerra, era algo desagradable: estimulante y excitante cuando se había conseguido un cierto grado de endurecimiento, y la mayor dificultad consistía en recordar todas las señales. Yogi pensaba en la guerra, no en el ejército. Es decir, en los combates. El ejército era distinto. Montabas al animal y galopabas con él, o se encabritaba y te coceaba. El ejército es una cosa imbécil, pero la guerra es muy distinto.

Yogi no estaba obsesionado por los hombres que había matado.

Sabía que había matado a cinco. Posiblemente a más. No creía que se pudiera estar obsesionado a causa de los hombres que uno ha matado. No, cuando uno ha pasado dos años en el frente. La mayoría de los tipos que había conocido se habían sentido brutalmente excitados cuando mataban por primera vez. El problema consistía en impedirles que mataran demasiados. Se hacía difícil conseguir que llevaran prisioneros a la gente encargada de identificarlos. Se mandaba a un individuo con dos prisioneros, por ejemplo, o dos individuos con cuatro prisioneros. ¿Qué ocurría? Los muchachos regresaban diciendo que los prisioneros se habían hecho matar en un fuego de cortina. En realidad lo que hacían era dar al prisionero un golpe de bayoneta por detrás y cuando se sobresaltaba, le gritaban: «¡Ah!, ¿querías escaparte, hijo de perra?». Y le vaciaban el arma en la nuca. Querían tener la seguridad de haber matado. Y, por otra parte, no tenían ningunas ganas de tropezarse con un fuego de cortina. Tal cual. Habían aprendido este tipo de comportamiento de los australianos. Después de todo, ¿qué eran aquellos desgraciados? Un montón de asquerosos hunos. La palabra hunos tenía ahora un extraño sonido. Todo esto era una dulce verdad. No, si habías estado allí dos años. Hacia el final sí que iban ablandándose. Lamentaban los abusos y empezaban a coleccionar buenas acciones, por miedo a que les mataran. Pero aquello era la cuarta fase del oficio de soldado: la fase moderada.

Para un buen soldado, la guerra se desarrollaba de la siguiente manera: primero se es valiente porque uno se cree invulnerable, un ser aparte que no puede morir. Luego ya es diferente. Y es entonces cuando se empieza a tener miedo de verdad, pero si se es un buen soldado, se sigue como si nada. Acto seguido, cuando ya se ha recibido la primera herida y no se está muerto, con los que acaban de llegar y a quienes vemos pasar por las mismas fases ya conocidas, uno se va endureciendo y se convierte en un soldado duro de pelar. Luego llega la segunda fisura, peor que la primera, y se empieza con las buenas acciones; se juega a ser el sir Philip niño, haciendo méritos para el paraíso. Y durante todo este tiempo se continúa, evidentemente, como si nada hubiera ocurrido. Como si se tratara de un partido de fútbol.

Nadie, sin embargo, debe escribir sobre este tema si, al menos, no dispone de testigos directos. La literatura produce un efecto demasiado fuerte sobre el espíritu de la gente. Como aquella escritora americana, Willa Cather, que escribió un libro de guerra cuya última Parte está inspirada en el Nacimiento de una nación, y que recibió cartas de veteranos de todos los rincones de América diciéndole cuánto les había gustado el libro.

Uno de los indios se había dormido. Había estado mascando tabaco y aún tenía la boca torcida mientras dormía. Se apoyaba en el hombro de su compañero. El indio despierto miró al indio dormido y meneó la cabeza.

—Bueno, ¿qué le ha parecido mi discurso? —preguntó Yogi al indio que

no dormía.

—Jefe blanco tener un montón de ideas sanas —contestó el indio—. Jefe blanco tiene una cultura de demonios.

—Gracias —dijo Yogi.

Se sintió emocionado. Aquí, entre los sencillos aborígenes, los únicos que eran auténticos americanos, había hallado la verdadera comunicación. El indio le miró mientras sostenía con precaución al indio dormido para que la cabeza no le resbalara por los troncos cubiertos de nieve.

—¿Jefe blanco ha hecho la guerra? —preguntó.

—Desembarqué en Francia en mayo de 1917 —empezó Yogi.

—Pensaba que el jefe blanco había hecho la guerra por lo que estaba contando —dijo el indio—. Él tiene —levantó la cabeza de su compañero de manera que los últimos rayos de sol iluminaron la cara del indio dormido— la V. C. 3. Yo tengo la D. S. O. 4 y la M. C. 5 con mención. Fui comandante en el cuarto C. M. R. 6.

—Estoy contento de haberle conocido —dijo Yogi.

Se sentía extrañamente humillado. Anocheecía. Ya solo quedaba una franja del sol poniente en el horizonte, allí donde el cielo y el agua se confundían al final del lago Michigan. Yogi observó la estrecha franja de luz convertirse en rojo oscuro, encogerse hasta llegar a ser una simple raya, y luego desaparecer. El sol se había puesto detrás del lago. Yogi se levantó. El indio también se levantó. Despertó a su compañero y el indio que había dormido miró a Yogi Johnson.

—Vamos a Petoskey para entrar en el Ejército de Salvación —dijo el indio grande despierto.

—Jefe blanco venir con nosotros —dijo el indio pequeño que había estado durmiendo.

—Voy a acompañarles —contestó Yogi.

¿Quiénes eran aquellos indios? ¿Qué tenía que hacer con ellos?

Una vez se hubo puesto el sol, la carretera fangosa comenzaba a endurecerse. Helaba de nuevo. Después de todo, quizá no era aún la primavera. Quizá no tenía ninguna importancia que no tuviera ganas de mujer. Ahora que la primavera ya no estaba presente, se podía reconsiderar el problema. Volvería a la ciudad con los indios y se buscaría una hermosa mujer a la que intentaría desear. Se puso a andar por la carretera helada. Los indios andaban a su lado. Todos se dirigían al mismo sitio.

Ya era completamente de noche cuando los tres hombres entraron en Petoskey. Habían andado en silencio por la carretera helada. Bajo sus pasos, crujía el hielo que acababa de formarse. De vez en cuando, Yogi Johnson andaba sobre una delgada capa de hielo y su pie se hundía en un charco de agua. Los indios evitaban los charcos.

Descendieron la colina en la que había el colmado, cruzaron el puente sobre Bear River —sus pasos resonaban sordamente sobre los maderos helados del puente—, luego, después de pasar frente a la casa del doctor Rumsey y el salón de té, tomaron la calle que llevaba al club de billar. Una vez frente al club de billar, los dos indios se pararon.

—¿Jefe blanco juega al billar? —preguntó el indio mayor.

—No —contestó Yogi Johnson—. Durante la guerra me hirieron en el brazo derecho.

—Jefe blanco no tener suerte —dijo el indio pequeño—. Vamos a hacer una partida.

—Perdió los dos brazos y las dos piernas en Ypres —dijo el indio mayor a Yogi en voz baja—. Es muy sensible.

—De acuerdo —dijo Yogi Johnson—. Jugaré una partida, una sola.

Penetraron en la cálida atmósfera de la sala de billar llena de humo. Encontraron una mesa y sacaron los tacos de un tablero colgado en la pared. Cuando el indio pequeño se levantó con la punta de los pies para alcanzar su taco, Yogi Johnson descubrió que tenía los brazos artificiales. Eran de cuero marrón, articulados en los codos. Sobre la alfombra de fieltro verde, bajo el reflejo de las bombillas, comenzaron a jugar. Al cabo de una hora y media, Yogi Johnson descubrió que debía al indio pequeño cuatro dólares y treinta centavos.

—Usted sabe darle exactamente al taco —le dijo Yogi al pequeño indio.

—Desde la guerra ya no juego tan bien —contestó el indio pequeño.

—¿Jefe blanco querer tomar un trago? —inquirió el indio mayor.

—¿Y dónde encuentran el alcohol? —preguntó Yogi—. Yo, cuando quiero procurármelo tengo que ir hasta Cheboygan.

—Jefe blanco venir con hermanos rojos —dijo el indio mayor.

Abandonaron la mesa de billar, colocaron de nuevo los tacos en el tablero,

pagaron en el mostrador y se hundieron en la noche.

En las calles oscuras, había hombres que resbalaban como sombras furtivas. Con el frío, de nuevo el hielo había estropeado las cosas y entorpecido a las personas. Y después de todo, el chinook no había resultado ser un verdadero chinook. La primavera aún no había llegado y los hombres que se preparaban para entregarse a placeres orgíacos se sintieron frenados de pronto por el aire helado, testimonio de que el chinook había sido una falsa alarma. «Ese capataz recibirá una buena bronca mañana», pensó Yogi. Todo aquello quizás había sido combinado por los dueños de la fábrica con el fin de deshacerse del capataz. A veces ocurría así. En la oscuridad de la noche los hombres regresaban a sus casas en pequeños grupos.

Yogi iba en medio de los dos indios. Se metieron por una calle lateral y los tres se pararon delante de una casa que parecía un establo. Era un establo. Los dos indios abrieron la puerta y Yogi les siguió hacia el interior. Una escalera conducía al piso superior. El establo estaba a oscuras, pero uno de los indios encendió una cerilla para acompañar a Yogi hacia la escalera. El indio pequeño subió el primero, las bisagras metálicas de sus miembros artificiales emitían un pequeño ruido a medida que iba subiendo los barrotes. Yogi le siguió y, luego, le tocó el turno al indio mayor que, mientras iba subiendo, alumbraba a Yogi con las cerillas. El indio pequeño dio algunos golpes en el techo, donde se apoyaba la escalera contra la pared. Se oyó un golpe en respuesta. El indio pequeño respondió con tres breves golpes por encima de su cabeza. Una trampa se abrió y se encontraron en una habitación iluminada.

En un rincón de la habitación había un mostrador con una barra de cobre y unas grandes escupideras. Detrás del bar había un espejo. Varios sillones alrededor de la habitación. Había una mesa de billar. Diarios y revistas que, colocados en unos bastoncillos, colgaban de las paredes. Había un retrato de Henry Wadsworth Longfellow, con su autógrafo, envuelto en una bandera americana. Varios indios estaban leyendo, sentados en los sillones. Un pequeño grupo estaba junto al bar.

—Agradable pequeño club, ¿verdad? —dijo un indio acercándose a Yogi y dándole la mano—. Le veo casi cada día en la fábrica.

Era un individuo que trabajaba en el taller, en una máquina junto a Yogi. Otro indio se acercó y estrechó la mano de Yogi. Él también trabajaba en la fábrica.

—No ha habido suerte con el chinook —dijo.

—Sí —contestó Yogi—. No ha sido más que una falsa alarma.

—Venga a beber un trago —propuso el primer indio.

—Voy acompañado —objetó Yogi.

Pero ¿qué le eran aquellos indios?

—Puede usted invitar a sus amigos —contestó el primer indio—. Cuantos más seamos, mejor.

Yogi echó una mirada en derredor. Los dos indios que le habían acompañado habían desaparecido. ¿Dónde se habrían metido? Luego los descubrió. Estaban en la mesa de billar. El indio alto y refinado con el que conversaba Yogi siguió su mirada. Meneó la cabeza como asintiendo.

—Son indios de los bosques —explicó como excusándose—. La mayoría de los que estamos aquí somos indios de las ciudades.

—Sí, claro.

—El pequeño tiene excelentes hojas de servicio de guerra —hizo observar el indio alto y refinado—. El otro también, me parece que era comandante.

El indio alto y refinado acompañó a Yogi hasta el bar. Detrás del mostrador estaba el camarero. Era un negro.

—¿Le gustaría una cerveza Dog's Head? —preguntó el indio.

—Perfecto —dijo Yogi.

—Dos Dog's Head, Bruce —encargó el indio al camarero.

El camarero dejó escapar una pequeña risa.

—¿De qué te ríes, Bruce? —preguntó el indio.

El negro soltó una aguda risotada.

—Lo sabía, Mr. Red Dog —dijo—. Yo ya sabía que iba a pedir una Dog's Head.

—Es un tipo divertido —dijo el indio a Yogi—. A propósito, voy a presentarme: mi nombre es Red Dog.

—Mi nombre es Johnson —dijo Yogi—. Yogi Johnson.

—¡Oh! Su nombre no es familiar, Mr. Johnson —dijo Red Dog sonriendo—. Me gustaría presentarle a algunos amigos: Mr. Sitting Bull, Mr. Poisoned Buffalo y jefe Running Skunk-Backwards.

—Sitting Bull es un nombre conocido —dijo Yogi mientras daba la mano.

—¡Oh! No tengo nada que ver con los Sitting Bulls —dijo míster Sitting Bull.

—El bisabuelo del jefe Running Skunk-Backwards fue quien vendió antaño toda la isla de Manhattan a cambio de algunos collares de abalorios —

explicó Red Dog.

—Muy interesante —dijo Yogi.

—Aquellos abalorios resultaron muy caros para nuestras familias —hizo notar con risa sardónica el jefe Running Skunk-Backwards.

—El jefe Running Skunk-Backwards posee aún algunos abalorios. ¿Le gustaría verlos? —preguntó Red Dog.

—Sí, con mucho gusto.

—En realidad son iguales que los otros abalorios —dijo con desprecio Skunk-Backwards.

Sacó un collar de abalorios de su bolsillo y se lo entregó a Yogi Johnson. Yogi observó el collar con curiosidad. ¡Cuando se piensa en el papel que ha desempeñado este collar de abalorios en nuestra endemoniada América!

—¿Le gustaría tener uno o dos abalorios, como recuerdo? —preguntó Skunk-Backwards.

—No me gustaría privarle de sus abalorios —dijo Yogi.

—En sí mismos no tienen ningún valor —explicó Skunk-Backwards mientras separaba un par del collar.

—Solo tienen un valor sentimental para la familia de Skunk-Backwards —comentó Red Dog.

—Es muy amable por su parte, Mr. Skunk-Backwards —dijo Yogi.

—No tiene importancia —replicó Skunk-Backwards—. Usted haría lo mismo por mí.

—De todas maneras, es muy amable.

Desde detrás de la barra, Bruce, el camarero negro, había observado con atención cómo los abalorios pasaban de mano en mano. Su oscura cara brillaba. De repente, sin sentido, se echó a reír grotescamente. Con una risa sombría de negro.

Red Dog le dirigió una severa mirada.

—Oye, Bruce —le dijo de manera cortante—, encuentro tu risa fuera de lugar.

Bruce dejó de reír y se secó la cara con una servilleta. Movié repentinamente los ojos en señal de excusa.

—¡Ah! No puedo evitarlo, Mr. Red Dog. Cuando he visto al jefe Skunk-Backwards regalar sus abalorios no me he podido contener. ¿Por qué quería

vender una gran ciudad como Nueva York por unos cuantos abalorios? ¡Abalorios! ¡Pueden guardarse sus abalorios!

—Bruce es un excéntrico —explicó Red Dog—, pero es un excelente camarero y tiene un corazón de oro.

—Sí, en esto ha acertado, Mr. Red Dog —dijo el camarero inclinándose sobre el mostrador—. Tengo un corazón que es oro puro.

—A pesar de todo, es un excéntrico —se excusó Red Dog—. El comité que rige la casa, me atosiga siempre para que busque otro camarero, pero este individuo me gusta, por extraño que parezca.

—No es culpa mía, patrón —dijo Bruce—. Únicamente cuando veo una cosa rara no puedo aguantarme la risa. Ya sabe que no lo hago con mala intención.

—Te creo, Bruce —contestó Red Dog—. Eres un buen muchacho.

Yogi Johnson echó una mirada por la habitación. Los otros indios se habían alejado del bar y el jefe Skunk-Backwards enseñaba sus abalorios a un grupo de indios en traje de etiqueta que acababan de entrar. En la mesa de billar, los dos indios de los bosques continuaban jugando. Se habían quitado las chaquetas y la luz que iluminaba la mesa se reflejaba sobre las bisagras metálicas de los brazos artificiales del indio pequeño. Este último acababa de ganar por undécima vez consecutiva.

—Este hombrecillo habría sido un gran jugador de billar de no haber tenido tan mala suerte en la guerra —observó Red Dog—. ¿Quiere que demos una vuelta por el club?

Cogió la factura que le tendía Bruce y la firmó, después llevó a Yogi a la habitación contigua.

—Nuestra sala de reunión —anunció Red Dog.

En las paredes había fotografías enmarcadas y firmadas, de jefe Bender, Francis Parkman, D. H. Lawrence, jefe Meyers, Stewart Edward White, Mary Austin, Jim Thorpe, el general Custer, Glenn Warner, Mabel Dodge y un retrato de cuerpo entero, pintado al óleo, de Henry Wadsworth Longfellow. Detrás de la sala de reuniones, había un apartado con una especie de bañera que, posiblemente, fuera una piscina.

—De hecho es muy pequeño para un club —dijo Red Dog—. Pero siempre resulta un lugar agradable para las noches en que uno se siente un poco deprimido. —Sonrió—. Lo llamamos el wigwam, ¿sabe usted? A mí se me ocurrió.

—Es muy agradable su club —dijo Yogi entusiasmado.

—Si quiere le puedo hacer admitir —propuso Red Dog—. ¿De qué tribu es usted?

—¿Qué quiere decir?

—Su tribu. ¿Qué es usted? ¿Sac y fox? ¿Jibway? Supongo que cree.

—¡Oh! —dijo Yogi—. Mis padres procedían de Suecia.

Red Dog le miró de cerca. Sus ojos se empequeñecieron.

—¿Se está burlando de mí?

—No. Venían de Suecia o Noruega —dijo Yogi.

—Habría jurado que tenía algo de blanco —dijo Red Dog—. Menos mal que ha salido a tiempo. No nos habríamos repuesto del escándalo —se pasó la mano por la cabeza y la boca dibujando una amarga mueca—. ¡Óigame! —le gritó dándose bruscamente la vuelta y cogiendo a Yogi por las solapas (Yogi sintió el cañón de una automática hundirse en su estómago)—, cruzará usted tranquilamente la sala, cogerá su abrigo y su sombrero y saldrá de aquí como si nada hubiera pasado. Despídase con normalidad de cualquiera que le dirija la palabra. Y no vuelva a poner los pies aquí nunca más. Métase esto en la cabeza, sueco.

—Sí —dijo Yogi—. Guarde su arma, no me da miedo.

—Haga lo que le he dicho —ordenó Red Dog—. En cuanto a los dos jugadores de billar que le han traído hasta aquí, tendrán lo que se merecen.

Yogi penetró en la sala, brillantemente iluminada, echó una mirada al bar, donde Bruce, el camarero, tenía los ojos fijos en él, descolgó su abrigo y su sombrero, se despidió del jefe Skunk-Backwards que le preguntó por qué se iba tan temprano, y Bruce le abrió la trampa. En cuanto Yogi empezó a bajar por los barrotes de la escalera, el negro se echó a reír.

—Lo sabía, lo sabía desde el principio. No iba a ser un sueco quien me tomara el pelo.

Yogi levantó la mirada y vio la cara del negro encuadrada en la superficie de luz oblicua que dibujaba la trampa abierta. Una vez en el suelo del establo, Yogi miró a su alrededor. Estaba solo. La paja estaba helada y dura bajo sus pies. ¿Dónde se había metido? ¿En un club de indios? ¿Qué significado tenía aquello? ¿Era el fin de todo?

Encima de él un rayo de luz apareció en el techo. La trampa se abrió, dos siluetas negras se destacaron en aquel espacio, hubo un ruido de patadas, puñetazos, una sucesión de ruidos, los unos sordos, los otros sonoros, hasta que dos formas acabaron por caer al pie de la escalera. En el techo flotaba la obsesionante risa de un negro.

Los dos indios de los bosques se levantaron del montón de paja en el que habían ido a caer y se dirigieron, cojeando, hacia la puerta. Yogi les siguió en la noche fría. Helaba. La noche era clara. Las estrellas brillaban.

—Club ser una Condenada cosa —dijo el indio mayor—. Club ser una asquerosa cosa.

El indio pequeño lloraba. A la luz de las estrellas, Yogi se dio cuenta de que había perdido uno de sus brazos artificiales.

—Yo ya no jugar al billar —decía, entre sollozos, el indio pequeño.

Levantó su único brazo hacia la ventana del club de donde salía una delgada raya de luz.

—Club es una gran asquerosidad.

—No lo tomen tan a pecho —intervino Yogi—. Les encontraré trabajo en la fábrica de bombas.

—¡Al demonio la fábrica de bombas! —cortó el indio mayor—. Nosotros enrolarnos en el Ejército de Salvación.

—No llore —le dijo Yogi al indio pequeño—. Le compraré otro brazo.

El indio pequeño continuó llorando. Se sentó en la calzada llena de nieve.

—Si yo no poder volver a jugar a billar, todo lo demás no importarme —dijo.

De la ventana del club les llegaba la risa obsesiva del negro.

NOTA DEL AUTOR DIRIGIDA AL LECTOR

Para el caso en que esto constituyera algo de interés histórico, tengo el placer de comunicarle que he escrito el capítulo precedente en el espacio de dos horas, directamente a máquina, y que, seguidamente, he salido a almorzar en compañía de John Dos Passos al que considero como un gran escritor y un compañero extraordinariamente agradable. He aquí lo que, en lenguaje provinciano, se llama un roto para un descosido. En la comida nos han servido rollmops, solé meunière, civet de lièvre á la cocotte, marmelade de pommes y para hacerlo bajar todo (¿eh, lector?) hemos tomado un Montrachet 1919 con el lenguado, y una botella del Hospice de Beaune 1919 con la liebre al civet. Mr. Dos Passos y yo hemos compartido, según creo recordar, una botella de Chambertin para regar la marmelade de pommes (en inglés: apple sauce). Para terminar, hemos tomado dos vieux mares y, después de decidir que no iríamos

a discutir de arte al café del Dome, hemos regresado cada uno a nuestra casa y entonces he escrito el capítulo que pronto leeréis. Me gustaría que el lector prestara especial atención a la manera en que son movidos los complejos hilos de la vida de los diferentes personajes y cogidos de la mano, como si estuvieran colgados, en la memorable escena de la taberna. En cuanto leí este capítulo en voz alta, a Mr. Dos Passos, en seguida exclamó: «Hemingway, ha creado usted una obra maestra».

P. D. DEL AUTOR AL LECTOR

Es a partir de este momento, lector, que voy a esforzarme para dar a este relato el ritmo adecuado y la soltura que harán de este libro un gran libro. Sé que deseas tanto como yo, lector, que consiga encontrar este ritmo y esta soltura, ya que, fíjate bien, lo que esto representaría para nosotros. Mr. H. G. Wells, que vino a visitarnos el otro día (uno se abre paso en el mundo de las letras, ¿eh, lector?), nos preguntó si nuestro lector, es decir, tú mismo —date cuenta, H. G. Wells hablando de ti en nuestra casa—, pues H. G. Wells nos preguntaba si nuestro lector no iba a encontrar este relato demasiado autobiográfico. Te ruego, lector, que deseches esta idea de la cabeza. Es verdad que hemos vivido en Petoskey, Mich., y numerosos personajes están, evidentemente, inspirados en aquella vida, tal como nosotros la conocimos en aquella época. Pero se trata de otras personas, no del autor. El autor solo interviene en este relato a tenor de sus notas. Es verdad que antes de escribir esta historia, pasó doce años estudiando los distintos dialectos de los indios del Norte y todavía se puede encontrar en el museo de Cross Village, nuestra traducción del Nuevo Testamento en ojibway. Pero, en nuestro lugar, habrías hecho lo mismo, lector, y estoy convencido de que, si reflexionas sobre el asunto, estarás de acuerdo con nosotros sobre este punto. Y ahora, volviendo a nuestro relato, si te digo que no puedes imaginarte hasta qué punto el próximo capítulo va a resultar difícil de escribir, cree que es por pura amistad por lo que te hago partícipe de mis problemas. De hecho, para serte totalmente sincero a este respecto, como intento serlo siempre, voy a confesarte que no intentaré escribir hasta mañana.

SOBRE LA DESAPARICIÓN DE UNA GRAN RAZA O GRANDEZA Y DECADENCIA DE LOS AMERICANOS

Se me objetará, quizá, que he introducido, contra mis propias reglas, en mi trabajo, vicios, y de los más negros. A lo que yo contestaré: primero, que es muy difícil empezar la descripción de los actos humanos sin tener en cuenta lo que los motiva; segundo, que los vicios que podrán apreciarse aquí son las

consecuencias accidentales de alguna debilidad o de alguna desgracia humana, más que acciones movidas por el espíritu; tercero, que nunca son mostrados como ridículos sino como detestables; cuarto, que nunca constituyen la figura principal de la escena: resumiendo, que nunca producen el mal proyectado.

HENRY FIELDING.

1

Yogi Johnson andaba por la calle silenciosa, con un brazo alrededor de los hombros del indio pequeño. El indio mayor andaba a su lado. La noche fría. Las casas con los postigos cerrados. El indio pequeño que ha perdido su brazo artificial. El indio mayor que también ha hecho la guerra. Los tres andando, andando, andando. ¿Adónde iban? ¿Dónde podían ir? ¿Qué les quedaba por hacer?

De repente, bajo la farola cuya bombilla se balanceaba en la punta de un hilo que se había aflojado, proyectando una pálida luz sobre la nieve, el indio mayor se paró.

—Andar no conducir a nada —gruñó—. Andar no servir de nada. Que jefe blanco hable. ¿Dónde vamos, jefe blanco?

Yogi Johnson no lo sabía. Evidentemente, el andar a pie no resolvía sus problemas. Andar estaba bien, si se iba a algún sitio. El ejército de Coxey. Una masa de hombres andando en apretadas filas hacia Washington para exigir trabajo. Marcha de hombres, pensó Yogi. Hombres andando, andando, y, ¿adónde llegaban? A ninguna parte. Yogi no lo sabía con exactitud. A ninguna parte. A ningún maldito lugar.

—Jefe blanco hablar —dijo el indio mayor.

—No lo sé —contestó Yogi—. No sé adónde ir.

¿Era para conseguir esto que habían hecho la guerra? ¿Era todo lo que se podía sacar de ella? No lo parecía así. Yogi de pie bajo la farola. Yogi pensaba y se interrogaba. Los dos indios metidos en sus canadienses. Uno de los indios con una manga vacía. Todos interrogándose.

—¿Jefe blanco no hablar? —preguntó el indio mayor.

—No.

¿Qué habría podido decir Yogi? ¿Qué tenía por decir?

—¿Hermano rojo hablar? —preguntó el indio.

—Hablen ustedes —dijo Yogi, con la mirada fija en la nieve—. Ahora un

hombre vale lo que otro.

—¿Jefe blanco no ir nunca a la taberna de Brown? —preguntó el indio mayor mirando la cara de Yogi iluminada por la farola.

—No.

Yogi se sentía deprimido. ¿Era aquello el fin? Una taberna. Bueno, una taberna bien valía lo que cualquier otro sitio. Sin embargo, una taberna... Bien, ¿por qué no? Aquellos indios conocían el lugar. Eran excombatientes. Los dos tenían unas brillantes hojas de servicios. Lo sabía. Pero, una taberna...

—Jefe blanco venir con hermanos rojos —dijo el indio mayor tomando a Yogi por el brazo. El indio pequeño les siguió.

—¡Adelante con la taberna! —exclamó Yogi con tono amistoso.

Era un blanco, pero sabía hasta dónde podía llegar. Después de todo, quizá la raza blanca no dominaría siempre. Aquella rebelión árabe. Agitación en Oriente. Problemas en Occidente. El asunto negro no marchaba bien en el Sur. Y en el Norte las condiciones no eran muy brillantes. ¿Adónde le llevaban todas aquellas reflexiones? ¿En qué sentido tomarlo? ¿Aquello podía ayudarle a desear una mujer? ¿La primavera llegaría al fin? Después de todo, ¿valía la pena? Se lo preguntaba.

Los tres hombres cruzaban las calles heladas de Petoskey. Se dirigían a alguna parte. En route. Huysmans había escrito aquello. Sería interesante poder leer en francés. Un día tendría que intentarlo. En París había una calle que llevaba el nombre de Huysmans. Muy cerca de donde vivía Gertrude Stein. ¡Ah!, ¡qué mujer aquella! ¿Adónde la llevarían sus experiencias sobre el lenguaje? ¿Cuál era la meta de todo aquello? Todo aquello ocurría en París. ¡Ah, París! ¡Qué lejos estaba París! París por la mañana. París por la tarde. París por la noche. París, de nuevo por la mañana. París, quizás a mediodía. ¿Por qué no? Yogi Johnson andando por las calles. Con el espíritu siempre agitado.

Los tres hombres andaban por las calles. Los brazos juntos, de quienes los poseían. Hombres de piel roja y hombre de piel blanca juntos. Algo les había juntado. ¿Era la guerra? ¿Era el destino? ¿Era un simple accidente? ¿O era simplemente la casualidad? Todas aquellas preguntas se agitaban en el espíritu de Yogi. Se sentía el cerebro cansado. Estos últimos tiempos había pensado demasiado. Continuaron andando. Luego, de repente, se pararon. El indio pequeño levantó la mirada hacia el letrero. Este último brillaba en la noche por encima de los cristales helados de la taberna.

LO MEJOR ES PROBAR.

—Nosotros hacernos servir mucha comida —gruñó el indio pequeño.

—Taberna del hombre blanco, hacer bistecs formidables —gruñó, a su vez, el indio mayor—. Debe creer en palabra hermano rojo.

Los indios dudaban en abrir la puerta. El indio mayor se volvió hacia Yogi.

—¿Jefe blanco tener dólares?

—Sí, tengo dinero —contestó Yogi; estaba dispuesto a ir hasta el final; ya era demasiado tarde para arrepentirse—. Soy yo quien invito, muchachos.

—Jefe blanco ser de naturaleza noble —murmuró el indio mayor.

—Jefe blanco ser diamante en bruto —añadió el indio pequeño.

—Harían lo mismo en mi lugar —argumentó modestamente Yogi.

Después de todo, quizá fuera verdad. Se arriesgaba. Años atrás, en París, también se arriesgó. Steve Brodie se había arriesgado. Por lo menos, así lo decían. Por todo el mundo, diariamente, la gente se arriesgaba. En China, los chinos. En África, los africanos. En Egipto, los egipcios. En Polonia, los polacos. En Rusia, los rusos. En Irlanda, los irlandeses. En Armenia...

—Los armenios no se arriesgan —dejó caer tranquilamente el indio mayor.

Había dicho en voz alta la duda que había surgido en el espíritu de Yogi. Esos pieles rojas eran gente astuta.

—¿Ni siquiera con las alfombras?

—Hermano rojo no lo cree —contestó el indio.

El tono de su voz persuadió a Yogi. ¿Quiénes eran aquellos indios? Había gato encerrado en todo aquello. Entraron en la taberna.

NOTA DEL AUTOR DIRIGIDA AL LECTOR

Es en este punto del relato, lector, que Mr. F. Scott Fitzgerald llegó una tarde a nuestra casa y, cuando ya llevaba un buen rato, se levantó bruscamente para irse a sentar en la chimenea sin querer (¿o poder?) salir, permitiendo al fuego que no quemara otra cosa que a sí mismo para calentar la habitación. Ya sé, lector, que este tipo de cosas no se suelen contar en medio de una historia, pero, con todo, suelen ocurrir, e imagínate la importancia que revisten dentro de la aventura literaria para individuos como tú y yo. Si decides que esta parte del relato no es lo buena que hubiera podido ser, recuerda, lector, que en todo el mundo, día tras día, esas cosas suelen ocurrir. ¿Será necesario añadir, lector, que siento el más profundo respeto hacia Mr. Fitzgerald y que si alguien intentara atacarlo, yo sería el primero en defenderle? Cosa igualmente válida

para ti, lector, aunque detesto expresarme tan brutalmente y arriesgarme a romper una amistad como la que nos une.

P. D. AL LECTOR

Acabo de releer este capítulo, lector, y no me parece tan malo. A lo mejor te gusta. Al menos, así lo espero. Y, si efectivamente, tiene la suerte de gustarte, lector, al igual que el resto de la historia, ¿serás tan amable de hablar de ella a tus amigos para incitarlos a comprar el libro, tal como tú lo has hecho? Solo cobro veinte centavos por cada ejemplar vendido, y, aunque veinte centavos no son gran cosa hoy en día, se puede acabar con cierta cantidad si se venden doscientos mil o trescientos mil ejemplares. Y, efectivamente, se puede llegar a esta cantidad, si a todo el mundo les gusta tanto el libro como a ti y a mí, lector. Por cierto, lector: era del todo sincero cuando decía que me gustaría leer lo que hayas podido escribir. No eran simples cumplidos. Tráeme tus manuscritos y los examinaremos juntos. Y, si quieres, puedo escribirte, de nuevo, algunos trozos. No tomes a mal mi proposición. Por otra parte, si en este libro encuentras cosas que te disgusten, solo tienes que escribir a Jonathan Cape, en la oficina central. Y te las cambiarán. O, si lo prefieres, te las cambiaré yo mismo. Ya sabes lo que pienso de ti, lector. Y, supongo, que no te sientes ni emocionado ni irritado por lo que te he contado sobre Scott Fitzgerald. Así lo espero. Y ahora voy a escribir el capítulo siguiente. Mr. Fitzgerald ya se ha ido y Mr. Dos Passos se ha marchado a Inglaterra y creo que puedo prometerte que será un capítulo conseguido. Al menos, escribiré lo mejor que sepa. Y los dos sabemos hasta dónde se puede llegar cuando se leen los elogios de las solapas de los libros, ¿verdad, lector?

2

En la taberna. Todos estaban en la taberna. No todos se ven entre ellos. Todos están concentrados en sí mismos. Los hombres rojos están concentrados en los hombres rojos. Y los blancos en los hombres blancos o en las mujeres blancas. No hay mujeres pieles rojas. ¿Habrán desaparecido las squawls? ¿Dónde se habrán metido las squawls? ¿Habremos perdido nuestras squawls en América? Silenciosamente, por la puerta que acababa de abrir, una squawl entró en la taberna. Por todo vestido llevaba un par de viejos mocasines. Sobre su espalda llevaba un niño. A su lado, un perro esquimal.

—¡No miren! —les gritó el tamborilero a las mujeres que estaban en el mostrador.

—¡Fuera de aquí inmediatamente! —gritó el dueño de la taberna.

La squawl fue brutalmente echada a la calle por el cocinero negro. La oyeron patalear en la nieve frente a la entrada. Su perro esquimal ladraba.

—¡Dios mío! ¡Lo que hubiera podido pasar! —exclamó Scripps O'Neil, secándose la frente con una servilleta.

Los indios habían asistido a la escena impasiblemente. Yogi Johnson se sintió paralizado. Las camareras se habían tapado la cara con servilletas o lo que tenían más a mano.

Mrs. Scripps había hundido la mirada en el American Mercury. Scripps O'Neil se había puesto a temblar y había estado a punto de desmayarse. Algo se había agitado en él cuando entró la squaw en la sala, una especie de confusa emoción que surgía de las profundidades.

—Me gustaría saber de dónde venía esta squaw —dijo el tamborilero.

—Ella ser mi mujer —dijo el indio pequeño.

—¡Por Dios, hombre! ¿Y no podría vestirla? —exclamó Scripps con voz ahogada. (Había un cierto terror en sus palabras).

—A ella no gustarle los vestidos —explicó el indio pequeño—. Ella ser india de los bosques.

Yogi Johnson no les escuchaba. Algo en él se había desgarrado. Algo en él se había agitado cuando la squawl entró en la sala. Había surgido una nueva sensación. Una sensación que creía haber perdido definitivamente. Perdido. Perdido definitivamente. Comprendió que había sido falsa alarma. Ahora se encontraba estupendamente. Por una de aquellas casualidades, acababa de descubrir que se había equivocado. ¿Qué habría continuado creyendo de no haber entrado en la taberna aquella squawl? ¿Qué pensamientos más negros había tenido! Había llegado al borde del suicidio. De la autodestrucción. Había estado a punto de matarse. Aquí mismo, en la taberna. ¡Qué error habría cometido! Ahora lo sabía. ¡Qué estropicio habría hecho con su vida! Matarse. Ahora la primavera ya podía venir. Podía venir. Nunca vendría lo bastante aprisa. Yogi ya se había preparado para la primavera.

—Escuchen —dijo a los dos indios—. Me gustaría contarles algo que me ocurrió en París.

Los dos indios se inclinaron hacia delante para oírle mejor.

—Jefe blanco tener la palabra —anunció el indio mayor.

—En París me ocurrió una cosa que me pareció la más maravillosa de mi vida —empezó Yogi—. Vosotros, los indios, ¿conocéis París? Bueno. Pues aquella cosa se convirtió en lo más asqueroso que jamás me haya ocurrido.

Los indios murmuraron. También conocían su París.

—Era mi primer día de permiso. Me paseaba por el bulevar Malesherbes. Un coche pasó a mi lado y una mujer muy hermosa se inclinó sobre la portezuela. Me llamó y subí al coche. Me llevó a una casa, una quinta particular para ser exactos, en la otra punta de París y allí, me ocurrió algo maravilloso. Luego, alguien me hizo salir por una puerta diferente de la que había entrado. Aquella mujer tan hermosa me había dicho que no me vería nunca más, que no podría volver a verme. Intenté fijarme en el número de la casa, pero formaba parte de una serie de quintas particulares que se parecían entre sí. A partir de aquel momento, mientras duró mi permiso, intenté hallar de nuevo a la hermosa dama. Una vez creí reconocerla en el teatro. No era ella. Otra vez creí descubrirla en un taxi y me metí inmediatamente en otro para seguirla. Perdí de vista al taxi. Estaba desesperado. Finalmente, el penúltimo día de mi permiso, me sentía tan triste y desesperado que me dejé acompañar por uno de esos guías que le prometen a uno enseñarle todo París. Estuvimos visitando sitios. «¿Es cuánto puede usted enseñarme?», le dije al guía.

»—Conozco un lugar que es muy interesante, pero es muy caro —contestó el guía.

»Nos pusimos finalmente de acuerdo en el precio y me llevó. Era en un viejo hotel particular. Se miraba a través de una grieta en la pared. Alrededor de la habitación, había mucha gente que miraba por las grietas abiertas en la pared. Y, si se echaba una mirada, podían verse todos los uniformes de los ejércitos aliados, y también muchos sudamericanos en traje de etiqueta. Me colocó delante de una de esas grietas. Durante unos instantes no ocurrió nada. Luego, una mujer muy hermosa entró con un joven oficial británico. La mujer se quitó el largo abrigo de pieles y su sombrero y lo echó sobre una silla. El oficial se quitó el cinturón. La reconocí. Era la dama con la que me había sucedido aquella cosa maravillosa. (Yogi Johnson miró su plato vacío). Desde entonces —dijo—, nunca más he deseado una mujer. No les puedo decir cuánto he sufrido. Pero he sufrido, muchachos, he sufrido. Le he echado la culpa a la guerra, a Francia, a la degeneración de la moral en general. He echado la culpa sobre la nueva generación, sobre aquello y sobre lo de más allá. Ahora me siento curado. Aquí van cinco dólares para vosotros, muchachos (sus ojos le brillaban), que les sirvan más carne. Vayan a algún sitio. Este es el día más feliz de mi vida.

Se levantó del taburete junto al mostrador, apretó fuertemente la mano de uno de los indios, colocó un instante su mano sobre el hombro del otro indio, abrió la puerta de la taberna y se perdió en la noche.

Los dos indios se miraron.

—Jefe blanco ser muy amable —observó el indio mayor.

—¿Crees que él ha hecho la guerra? —preguntó el indio pequeño.

—Yo preguntármelo —contestó el indio mayor.

—Jefe blanco decir que me compraría otro brazo artificial —gruñó el indio pequeño.

—Seguramente tendrás más que eso.

—Quizá.

Continuaron comiendo.

En la otra punta del mostrador de la taberna, una pareja estaba a punto de separarse.

Scripps O'Neil y su mujer estaban sentados juntos. Mistress Scripps lo sabía ya. No podría conservarlo. Lo había intentado, pero había fracasado. Había perdido. Sabía que la jugada estaba perdida por adelantado. Ya no se trataba de retenerlo. Mandy hablaba de nuevo. Hablaba. Hablaba. No paraba de hablar. Aquel torrente de chismes literarios, que llevaba su matrimonio, a ella, Diana, hacia el fin. No podía retenerlo. Se iba. Se iba. La abandonaba. Diana sentada aquí, en medio de su desgracia. Scripps escuchaba hablar a Mandy. Hablar. Hablar. El tamborilero, que ahora ya era un viejo amigo, ocupado en leer su Detroit News. Imposible retenerlo. Imposible. Imposible. El indio pequeño se levantó de su taburete junto al mostrador y se fue hacia la ventana. El cristal estaba recubierto por una espesa capa de hielo. El indio pequeño echó aliento sobre el cristal helado, frotó el mismo trozo con la manga vacía de su abrigo y miró al exterior en la oscuridad. Dejó bruscamente la ventana y salió precipitadamente en la noche. El indio mayor le siguió con la mirada, acabó tranquilamente de comer, cogió un mondadientes, se lo metió en la boca y, a su vez, salió hacia la noche.

3

Ahora estaban solos en la taberna. Scripps, Mandy y Diana. Únicamente el tamborilero les hacía compañía. Ahora era un viejo amigo. Pero aquella noche tenía los nervios deshechos. Dobló bruscamente su periódico y se fue hacia la puerta.

—Hasta pronto —dijo.

Y se hundió en la noche. Era, al parecer, la única posibilidad. La aprovechó.

Ahora ya no son más que tres en la taberna. Scripps, Mandy y Diana. Solo los tres. Mandy hablaba. Apoyada sobre el mostrador, hablaba. Scripps tenía la mirada fija en Mandy. Diana ya ni tan siquiera escuchaba. Sabía que estaba acabado. Todo había terminado. Pero intentaría una última cosa. Una última prueba, con valentía. Quizá todavía podía retenerlo. A lo mejor todo había sido una pesadilla. Aclaró su voz y dijo:

—Scripps querido —dijo. La voz le temblaba un poco. Intentó asegurarla.

—¿Qué quieres? —preguntó bruscamente Scripps. ¡Ah! Otra vez aquel horrible tonillo plañidero.

—Scripps querido, ¿no te gustaría volver a casa? (La voz le temblaba a Diana). He recibido un nuevo Mercury. (Se había pasado del Mercury de Londres al American Mercury, para complacer a Scripps). Acaba de llegar. Me gustaría tanto que te apeteciera volver a casa, Scripps, hay algo formidable en el Mercury. Vámonos, Scripps, te lo ruego; nunca te he pedido nada. ¡Vámonos, Scripps! ¡Oh!, ¿no quieres que nos vayamos?

Scripps alzó la cabeza. El corazón de Diana se puso a latir más de prisa. Quizá se lo iba a llevar. Quizá podría retenerlo. Retenerlo. Retenerlo.

—Ven, Scripps querido —dijo con dulzura Diana—. Hay un buen editorial de Mencken sobre los quiropractors. Scripps le dio nuevamente la espalda.

—¿No quieres venir, Scripps? —suplicó Diana.

—No —contestó Scripps—. ¿Qué me importa ese diablo de Mencken?

Diana bajó la cabeza. «¡Oh, Scripps! —decía—. ¡Oh, Scripps!». Aquello era el fin. Ahora ya sabía la respuesta. Lo había perdido. Perdido. Perdido. Se había terminado. Enterrado. Se puso a llorar silenciosamente. Mandy hablaba de nuevo.

De pronto Diana se irguió. Tenía una última pregunta por hacer. Una sola cosa que le iba a pedir. Una sola. A lo mejor se lo negaría. A lo mejor no querría concedérselo. Pero ella lo pediría.

—Scripps —dijo.

—¿Qué más quieres? —Scripps le dirigió una mirada irritada. Quizá le tenía lástima a pesar de todo. Se lo preguntaba.

—¿Puedo quedarme con el pájaro, Scripps? — (La voz de Diana se quebró).

—Claro —dijo Scripps—. ¿Por qué no?

Diana cogió la jaula. El pájaro dormía. Apoyado sobre una pata como la noche en que se encontraron por primera vez. ¿A qué se parecía? ¡Ah, sí! A un

viejo halcón. Un viejo, un viejísimo halcón de su región de los lagos.

Apretó la jaula contra su pecho.

—Gracias, Scripps —dijo—. Gracias por el pájaro. (Su voz se quebró). Y ahora, debo marcharme.

Suavemente, en silencio, colocándose el chal, apretando la jaula, que contenía el pájaro dormido, y el Mercury contra su pecho, sin volverse más que una vez para mirar por última vez a aquel que había sido su Scripps, abrió la puerta de la taberna y salió en la noche. Scripps ni siquiera se fijó. Su atención estaba puesta sobre lo que estaba contando Mandy. Mandy hablaba de nuevo.

—Este pájaro que se acaba de llevar... —decía Mandy.

—¡Oh! ¿Se ha llevado un pájaro? —preguntó Scripps—. Continúe su relato.

—Tiempo atrás, usted se preguntaba qué especie de pájaro debía de ser —continuó Mandy.

—Es verdad —asintió Scripps.

—Pues bien, esto me recuerda una anécdota sobre Gosse y el marqués de Buque.

—Cuéntemela, Mandy. Cuéntemela —dijo Scripps precipitadamente.

—Resulta que uno de mis amigos, Ford —ya le he hablado de él—, vivía en el castillo del marqués, durante la guerra. Su regimiento estaba instalado allí y el marqués, uno de los hombres más ricos, si no el más rico de Inglaterra, servía en el regimiento de Ford como soldado raso. Una noche, Ford se encontraba en la biblioteca. La biblioteca era un lugar extraordinario. Las paredes las constituían unos lingotes de oro juntados como si fueran ladrillos o algo por el estilo. He olvidado los detalles.

—Continúe —imploró Scripps—. Es igual.

—Sea como sea, en medio de la pared de la biblioteca, había un flamenco rosa, disecado, en una jaula de cristal.

—Esos ingleses en cuestión de decoración, saben lo que se hacen —dijo Scripps.

—Su mujer era inglesa, ¿verdad? —preguntó Mandy.

—De la región de los lagos —contestó Scripps—. Continúe su relato.

—Bueno, pues —continuó Mandy—, Ford estaba sentado una noche en la biblioteca, después de cenar, cuando de pronto entró el mayordomo y le dijo:

«El marqués de Buque le presenta sus respetos y pregunta si podría dejar visitar la biblioteca a unos amigos que han cenado con él esta noche». A veces se le autorizaba a cenar en la ciudad y a dormir en el castillo. Ford contestó: «Con mucho gusto». Y entró el marqués, acompañado por sir Edmund Gosse y el profesor X, de Oxford. Gosse se detuvo ante el flamenco rosa disecado y dijo:

—¿Qué es esto, Buque?

—Es un flamenco rosa, sir Edmund —contestó el marqués.

—Pues no es la idea que yo tenía de un flamenco rosa —concretó Gosse.

—Efectivamente, Gosse. Es la imagen que Dios se hace de un flamenco rosa —intervino el profesor X. ¡Ah! ¡Si pudiera recordar su nombre...!

—No tiene importancia —dijo Scripps. Los ojos le brillaban. Se inclinó hacia delante. Algo se agitaba en su interior. Algo que no podía dominar—. La quiero, Mandy —dijo—. La quiero. Es usted mi mujer.

Algo se movía precipitadamente. No quería pararse.

—Muy bien —contestó Mandy—. Hace tiempo que adiviné que era mi hombre. ¿Le gustaría oír otra anécdota? Hablando de mujeres.

—Empiece —dijo Scripps—. No se pare nunca, Mandy. Ahora ya es mi mujer.

—Cierto —aprobo Mandy—. Esta historia trata de Knut Hamsun cuando era conductor de tranvías en Chicago.

—Empiece —dijo Scripps—. Ahora, usted es mi mujer, Mandy.

Se repitió la frase en su interior. «Mi mujer. Mi mujer. Es usted mi mujer. Es mi mujer. Ella es mi mujer. Mi mujer». Pero no se sentía del todo satisfecho. En alguna parte, de algún modo, debía existir algo más. Algo más. «Mi mujer». Las palabras sonaban un poco huecas. En su memoria, a pesar de los esfuerzos que hacía para ahuyentarla, surgía la imagen monstruosa de la squaw, entrando silenciosamente en la taberna. Aquella squaw. No llevaba vestidos porque no le gustaban. Valiente, desafiando las noches de invierno. Con la llegada de la primavera había que esperarlo todo. Mandy hablaba. Mandy hablaba sin parar. Mandy explicaba anécdotas. En la taberna se estaba haciendo tarde. Mandy continuaba hablando. Ahora era su mujer. Él era su hombre. Pero ¿era realmente su hombre? El recuerdo de la squaw en la cabeza de Scripps. La squaw que había hecho su inesperada entrada en la taberna. La squaw a quien habían echado en la noche nevada. Mandy continuaba hablando. Explicaba recuerdos literarios. Anécdotas auténticas. Sí, aquellas anécdotas tenían un viso de verdad. Pero ¿era suficiente? Scripps se lo preguntaba. Era su mujer. Pero ¿por cuánto tiempo? Scripps se lo preguntaba.

Mandy continuaba hablando en la taberna. Scripps escuchaba. Pero su espíritu se aleja. Se aleja. ¿Adónde va? Fuera, en la noche. Fuera en la noche.

4

La noche sobre Petoskey. Mucho después de medianoche. En la taberna brilla una luz. La ciudad está dormida bajo la luna del norte. Hacia el norte los raíles de la G. R. & 12. La vía férrea se perdía lejos hacia el norte. Unos fríos raíles alargándose hacia Mackinaw City St. Ignace. Unos raíles muy fríos para pasearse sobre ellos a estas horas de la noche.

Al norte de la pequeña ciudad nortea rodeada de hielo, una pareja andan juntos por la vía del tren. Es Yogi Johnson y la squaw. A medida que van avanzando, Yogi Johnson se va quitando la ropa en silencio. Una por una, se quita las prendas y las echa en la cuneta. Al final, solo le quedan unos zapatos usados de obrero de fábrica. Yogi Johnson, desnudo bajo la luz de la luna, yendo hacia el norte en compañía de la squaw. La squaw andaba a su lado a grandes pasos. Lleva a su niño en la espalda en una cuna de corteza. Yogi intenta cogerle el niño. Quiere llevarlo él. El perro esquimal emite un gruñido plañidero y lame los tobillos de Yogi Johnson. No, la squaw quiere llevar personalmente al niño. Caminan. Hacia el norte. Se hunden en la noche del norte.

Detrás de ellos avanzan dos siluetas. Recortándose claramente a la luz de la luna. Son los dos indios, los dos indios de los bosques. Se agachan para recoger la ropa que Yogi Johnson ha abandonado a lo largo del camino. De vez en cuando, se susurran algo. Avanzan suavemente a la luz de la luna. Su atenta mirada no olvida una sola prenda. Cuando la última prenda ha sido recogida, levantan la mirada y descubren, a lo lejos, las dos siluetas iluminadas por la luna. Los dos indios se incorporan. Examinan las ropas.

—Jefe blanco se viste bien —observa el indio mayor, desplegando una camisa que lleva las iniciales bordadas.

—Jefe blanco tener mucho frío —comentó el indio pequeño.

Le entrega un jersey al indio mayor. Este último enrolla todas las prendas encontradas por la vía, y hace con ellas un paquete, después los dos indios dan media vuelta y regresan hacia la ciudad.

—¿Vale más guardar la ropa para el jefe blanco o venderla al Ejército de Salvación? —pregunta el indio pequeño.

—Mejor vender al Ejército de Salvación —gruñe el indio mayor—. Jefe

blanco quizá no volver.

—Jefe blanco volver, seguro —dice el indio pequeño.

—De todas maneras, mejor es vender al Ejército de Salvación —asegura el indio mayor—. Jefe blanco necesitará nuevos vestidos, de cualquier manera, cuando primavera llegue.

A medida que avanzaban por la vía férrea en dirección a la ciudad, parecía como si la atmósfera se suavizara. Ahora, a los indios, les es difícil andar. De entre los alerces y los cedros que bordean la vía férrea, les llega el soplo de un viento cálido. El hielo acumulado junto a las vías comienza a fundirse. Algo se agita en el cuerpo de los dos indios. Una callada necesidad. Un extraño deseo pagano. El indio mayor se detiene, humedece un dedo con saliva y lo levanta. El indio pequeño le observa.

—¿Chinook? —pregunta.

—El endiablado chinook —contesta el indio mayor.

Aceleran el paso. La luna está ahora tapada por unas nubes traídas por la fuerza del chinook.

—Hay que llegar a la ciudad antes del asalto —gruñe el indio mayor.

—Hermanos rojos querer estar en primera línea —gruñe con ansiedad el indio pequeño.

—En estos momentos nadie trabajar en la fábrica —gruñe el indio mayor.

—Hay que darse prisa.

El viento caliente sopla. Extraños deseos agitan a los indios. Saben lo que quieren. La primavera ha llegado finalmente a la pequeña ciudad helada. Los dos indios se apresuraban por la vía del tren.

NOTA FINAL DEL AUTOR DIRIGIDA AL LECTOR

Y bien, lector, ¿qué piensas de ello? He necesitado diez días para escribirlo. ¿Valía la pena? Hay únicamente un punto, que me gustaría aclarar. ¿Recuerdas el pasaje en que Diana, la vieja camarera, explica de qué modo perdió a su madre en París y que se despertó con un general francés en la habitación de al lado? He pensado que te gustaría saber la explicación real sobre este hecho. Lo que ocurrió en realidad es que su madre cayó gravemente enferma de peste bubónica durante la noche y el médico que llamaron a su cabecera había diagnosticado la enfermedad y avisado a las autoridades. Era el día en que se debía inaugurar la gran exposición. Imagínate la propaganda que

hubiera supuesto para la exposición el anuncio de un caso de peste bubónica. Las autoridades francesas decidieron, simplemente, hacer desaparecer el cadáver de aquella mujer. Falleció de madrugada. El general a quien habían dado la orden de ocupar el sitio de la madre en la cama de esta última, nos ha parecido siempre un hombre valiente. Aclaremos, sin embargo, que era, si mal no recuerdo, uno de los principales accionistas de la sociedad que había organizado la exposición. Sea como sea, lector, y, dejando a un lado la historia, siempre me pareció un interesante relato, y sé que prefieres que te la cuente ahora y no que la hubiera incluido en largas explicaciones en medio del relato donde, a pesar de todo, no ocupaba su sitio. De todas maneras es interesante recalcar de qué manera la policía francesa enterró todo el asunto y la rapidez con que consiguió dar con el peluquero y con el chofer del taxi. Finalmente, lo que esta historia nos prueba, es que nunca se es lo bastante prudente cuando se viaja solo al extranjero o incluso con la respectiva madre. Supongo que este paréntesis no te habrá parecido demasiado incongruente, pero tenía la sensación, lector, de que te debía esta explicación. No soy partidario de los despidos que se van alargando, al igual que de los compromisos a largo plazo, por lo que me conformaré con decirte un simple ¡hasta pronto, lector, y queda con Dios! Y ahora te dejo volar por tus propios medios.

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es